



La mayoría de libros de Virus editorial se encuentran bajo licencias libres y para su libre descarga; una apuesta por el acceso libre al conocimiento y la cultura, que consideramos imprescindible en una sociedad en la que las desigualdades sociales también se traducen en desigualdad a la hora de acceder a los contenidos culturales. Pero los proyectos autogestionarios y alternativos, como Virus editorial, suelen tener importantes límites económicos, que en ocasiones afectan a su sostenibilidad o impiden asumir proyectos más costosos o arriesgados. En la medida en que ofrecemos buena parte de nuestro trabajo para lo común, creemos importante crear también formas de colaboración en la sostenibilidad del proyecto:

- a) [Puedes hacerte soci@ de Virus](#) ingresando un mínimo de 50 € a modo de cuota anual, recibiendo una novedad de tu elección y obteniendo descuentos en tus compras en nuestra web.
- b) [Puedes suscribirte a Virus](#) durante un año, aportando 200 €, recibiendo todos los libros de Virus durante 12 meses, dos libros de fondo y descuentos en tus compras en nuestra web.
- c) [También puedes hacer una donación](#) de cualquier cantidad a través de Paypal.

Contra el trabajo infantil

Philippe Godard



ÍNDICE

Título original:

Contre le travail des enfants

Desmaret (Comportement), Estrasburgo, 2001

Maquetación y cubierta:

Virus editorial

Traducción del francés:

Enrique Santamaría

Primera edición en castellano:

septiembre de 2003

Edición a cargo de:

VIRUS editorial / Lallevir S.L.

C/Aurora, 23, baixos

08001 Barcelona

T./fax: 93 441 38 14

C/e: virus@pangea.org

http: www.comalter.net/virus

www.altediciones.com

Impreso en:

Imprenta LUNA

Muelle de la Merced, 3, 2º izq.

48003 Bilbo

Tel.: 94 416 75 18

C/e: luna-im@teleline.es

ISBN: 84-96044-23-8

Depósito legal: BI-

INTRODUCCIÓN	5
¿DE QUÉ TRABAJO HABLAMOS?	11
LAS DIMENSIONES ACTUALES DEL TRABAJO INFANTIL HOY EN EL MUNDO	15
LA EVOLUCIÓN DE LA SITUACIÓN DE LOS NIÑOS RESPECTO AL TRABAJO	23
La aparición del trabajo infantil	23
La pauperización y el trabajo infantil	29
La evolución del Derecho	38
MANIPULACIONES, MITOS Y MENTIRAS	41
1. La pobreza es la principal causa del trabajo infantil en el mundo	42
2. El trabajo infantil es necesario para la supervivencia de la familia	46
3. Son los propios niños los que quieren trabajar	48
4. El trabajo infantil es necesario para la industria; y, según esto, la industria favorece el progreso social y el pleno desarrollo de los seres humanos	49
5. El trabajo infantil es necesario para el artesanado	52
6. Los niños trabajan mejor y más deprisa que los adultos en algunas tareas	52
7. El trabajo infantil no es peligroso para ellos	53
8. Los padres pobres no quieren enviar a sus hijos a la escuela; prefieren que trabajen para que aporten dinero a casa	53

9. El trabajo constituye para los niños pobres una forma de aprendizaje	55
10. El trabajo constituye para los niños pobres una forma de inserción social. Si no pueden trabajar, caen en la delincuencia o la prostitución	56
11. El trabajo infantil se encuentra únicamente en los países pobres	56
12. El trabajo infantil se encuentra sobre todo en las industrias de exportación	57
13. Las legislaciones actuales son suficientes para abolir el trabajo infantil; deberían ser aplicadas mejor	59
14. Una prohibición global, a nivel mundial, sería suficiente para abolir el trabajo infantil	59
15. Hacer la escolaridad obligatoria sería suficiente para abolir el trabajo infantil	61
16. Legalizar el trabajo infantil es el primer paso hacia su abolición	63
17. Los países desarrollados no quieren prohibir el trabajo infantil más que para proteger sus propios intereses	65
18. Abolir el trabajo infantil costaría muy caro	66
¿HACER DEL NIÑO UN ADULTO?	67
El triunfo del realismo	67
Otra manera de abordar la cuestión	69
¿Qué es la infancia?	70
La reversión	71
¿Mejor legislación o abolición?	74
¡ABOLICIÓN DEL TRABAJO INFANTIL!	75
Mis propuestas	83
BIBLIOGRAFÍA	89

INTRODUCCIÓN

«La libertad de jugar es también la “invención” de vivir, la reflexión y el cuestionamiento constante del tablero de juego, del universo donde se emplaza y tiene lugar.»

Jaulin, Mon Thibaud, 1980

El trabajo infantil ya no es un tema que se pueda ignorar por más tiempo. El mérito se lo debemos, sin duda, a los organismos internacionales que, desde los años setenta, han llevado poco a poco este tema a la plaza pública. Sin embargo, esto no ha desembocado en un verdadero debate, al menos por lo que hace a los países ricos, en los que estamos demasiado prestos a depositar nuestra confianza en las organizaciones internacionales o no gubernamentales. De hecho, ya nadie duda de que estas organizaciones sean las más aptas para idear y para aplicar una solución a los problemas que asolan a las sociedades del «Tercer Mundo», de ese mundo tan lejano. Y, sin embargo,...

Seguimos inmersos en la lógica de la urgencia, de los efectos de anuncio mediático, de las señales de alarma cuyo eco se ahoga en la opinión tan pronto como éstas han sido lanzadas. Y, por consiguiente, el desaliento nos vence. Así, si en 1979 se estimaba en cincuenta y seis millones el número de niños y niñas trabajadores en el mundo, y se pensaba erradicar esta forma de explotación en los años siguientes; hoy, veinte años más tarde, se calcula, según las mismas fuentes, en doscientos cincuenta millones, y la esperanza de acabar pronto con el trabajo infantil se ha desvanecido. Más aún, hoy en día la confusión es total: por ejemplo, los que, sobre el tablero político tradicional, se oponían hace veinte años a todas las formas de explotación sostienen ahora que el trabajo infantil es un mal menor que los mismos niños aceptan. ¡Como si la alternativa trabajo, robo, prostitución fuera una

elección para un ser humano, *a fortiori*, si tiene la edad de seis o diez años!

De todas las obras, reportajes o encuestas aparecidas sobre la cuestión, no surge más que una sola y única certidumbre: la cuestión del trabajo infantil exige ser contemplada desde una perspectiva global, que no sólo tenga en cuenta los aspectos políticos, económicos y jurídicos, sino igualmente los históricos, etnológicos, éticos... La cuestión del trabajo infantil debe ir acompañada de una reflexión a fondo sobre la sociedad, las relaciones adultos-niños, el trabajo... Todos los niños a los que vimos trabajar en Latinoamérica, en Turquía, en África central o en la India nos mostraron la amplitud y la diversidad del problema; si ellos no esperan nada de nosotros, es porque seguimos siendo incapaces de salir de nuestros marcos de pensamiento y de acción preestablecidos. Así, algunos creen que esta forma bárbara de explotación sistemática de la fuerza de trabajo se resolverá a través de medidas jurídicas; otros abogan por la ayuda al desarrollo; mientras que algunos otros consideran que se trata de una fatalidad y que, después de todo, Europa, para llegar a donde ha llegado, tuvo que utilizar, también ella, el trabajo infantil en el siglo XIX. Creo que proceder de este modo, echando mano de convicciones mágicas —pues todas esas soluciones se asemejan más a una fórmula alquímica que a una reflexión profunda— o de ideas preconcebidas, no hace más que enconar el debate en la incompreensión mutua generalizada; y la incompreensión entre los que toman decisiones y los niños trabajadores es trágica. Es necesario crear, por lo tanto, nuevos marcos para una intervención en este debate, que da vueltas sobre lo mismo entre expertos de la Organización Internacional del Trabajo (OIT), agentes «sobre el terreno», políticos y organizaciones no gubernamentales. Sí, debemos desconfiar tanto de lo que nos dicen los unos como los otros, ya sea a favor o en contra del trabajo infantil, pues casi todos ignoran u ocultan en un momento u otro los hechos que más les molestan en sus constata-

ciones. Lo veremos más adelante, cuando respondamos a toda una serie de lugares comunes, de afirmaciones tópicas, en las que, por lo general, el lector reconocerá tal o cual obra, oficial o no, sobre el trabajo infantil. Esas obras que dicen: «hay que hacer esto» o «más valdría hacer aquello».

No tengo ninguna receta milagrosa al respecto, pero sí sé en cambio que el hombre sólo ha avanzado, en ciertos momentos de su historia, por el camino de su emancipación cuando ha comenzado por liberarse de los dogmas que lo aprisionaban. Nosotros, en este caso, tenemos el privilegio de poder distanciarnos de aquellos supuestos apremios: no hay ninguna urgencia en erradicar el trabajo infantil, si esta urgencia debe conducir a medidas nefastas; y forzoso es considerar que, entre 1975 y 2000, las medidas que se tomaron, y que pretendían acabar con el trabajo de cincuenta y seis millones de niños y niñas en todo el mundo, se han saldado —si no lo han provocado— con la incapacidad de contener el ascenso vertiginoso del número de niños trabajadores. ¿Vamos a continuar por este camino? Ésta no es, en absoluto, una postura cínica, sino que es precisamente porque estoy profundamente indignado por el trabajo infantil que quiero dejar aquí de reflexionar en el corto horizonte del día a día. Recordemos a este respecto que en otro dominio, como es el de la agricultura, la pretendida revolución verde de los años sesenta fue —según opinión incluso de la principal organización que la promovió, a saber, el Banco Mundial— un fracaso desastroso. Esta «revolución» costó la vida a millones de seres humanos, en la India especialmente, y trajo consigo perjuicios irremediables a la población campesina de las regiones del sur del planeta; ocasionó la pérdida definitiva de variedades cerealeras locales mucho mejor adaptadas a las condiciones climáticas y mucho más resistentes a los parásitos y a los insectos que todos los pretendidos prodigios de la industria biotecnológica. La cuestión no es ya saber si podemos seguir asumiendo este género de riesgos, que es lo que hacen, todos los días, los que nos gobiernan, jugando no con fuego, sino

con la vida de todos aquellos de los que se desentienden: niños, adultos, menesterosos de las metrópolis tanto del Sur como del Norte, animales, vegetales y biotopos en general...

Más allá del trabajo infantil, a lo que aquí quiero convidar al lector es a un debate sobre la superación de la política. Ni el movimiento revolucionario ni el asociativo, y menos aún las instituciones o las sacrosantas organizaciones no gubernamentales, son aptos para comprender el mundo en su globalidad. Todos y cada uno de ellos no nos proponen más que reflexiones puntuales, caso por caso, acerca de lo que todos denominan de común acuerdo la urgencia absoluta. Ahora bien, la urgencia absoluta engendra urgencia absoluta. A la inversa, una reflexión a fondo sobre el trabajo infantil constituirá un grano de arena o —esperémoslo así— una piedra en ese engranaje infernal que tritura la reflexión, que reduce a nada la eficacia y empobrece al ser humano, que pierde su multidimensionalidad para ser reducido a la faceta estadística.

Si el debate que esta obra desea originar se inicia por fin, volveremos a oír hablar de cosas tales como la contestación al trabajo, el cuestionamiento del poder de los adultos, la ética de la vida o todas esas cosas que han sido sumidas en el más sordo y artero olvido por las ideologías de la competencia y del individualismo, de la aldea global y de la mundialización.

El movimiento reaccionario reduce el ser humano a una pieza de un puzzle que lo supera. La reacción reviste a la vez los rasgos de internet y del internacionalismo proletario, cuando anuncian su voluntad común de nivelación de las culturas y de las creencias; la reacción se encarna tanto en la Organización Mundial del Comercio (OCM) como en la UNESCO, cuando esta organización ignora la riqueza de las culturas orales al fijarse como objetivo prioritario la alfabetización de todos los seres humanos. Es necesario, pues, contrariar este movimiento y después invertirlo.

Al comenzar este trabajo, en 1996, no sabía hasta qué punto las cosas llegarían a evolucionar. Por mi parte, he cambiado de opinión sobre algunos puntos importantes. De este

modo, no estoy ya del todo convencido de que un boicot a los productos que proceden del Tercer Mundo y que sean fruto del trabajo infantil sea una buena idea. Así, mientras que inicialmente pensaba que la posición de Marx sobre la cuestión era inequívocamente en contra del trabajo infantil, la evolución de una cierta izquierda a favor del mismo me ha llevado a releer a Marx y a calibrar toda la inconsecuencia de su pensamiento sobre la cuestión. Sin embargo, Marx o Bakunin y algunos otros nos han mostrado, cuando menos, que la reflexión sin acción no es nada; ¡es la larga historia de la dialéctica entre teoría y práctica! Soñar, sin lugar a dudas, está muy bien; pero además hay que actuar. Rechazar la lógica de la urgencia no debe condenarnos a la impotencia. Es por esta sencilla razón por la que hay de todo en esta obra heterogénea. En un principio, cada uno podrá encontrar en ella algo que alimente su reflexión. Pero, en un segundo momento, esta obra sólo habrá cumplido su misión si el debate se abre, se extiende, si el rumor ruge y lo hace por todas partes.

Este libro aspira, por consiguiente, a ser *útil*. Intenta presentar argumentos para todos aquellos que combaten el trabajo infantil, argumentos —esperémoslo— que empujarán a algunos lectores a consagrar una parte de su tiempo a la lucha contra esta forma de explotación. Una dedicación que podrá consistir en organizar reuniones informativas o en intentar promover etiquetas de «producto sin trabajo infantil». Todas las iniciativas contra el trabajo infantil son útiles; y sólo serán eficaces si llegan a coordinarse entre sí. En conclusión, y como veremos, ésta es en efecto nuestra principal preocupación.

El desafío no es pequeño: el trabajo infantil no es una cuestión de estadísticas, un problema de capitalismo puro y de ley del mercado, un reflejo de la crisis social estructural del mundo capitalista, un tumor en las relaciones entre adultos y niños, una neurosis global, un fracaso de los sistemas edu-

cativos o una consecuencia de esos etnocidios que jalonan la historia. Es todo eso a la vez y mucho más; y, sobre todo, la cuestión del fin del trabajo infantil y del lugar de los niños y niñas en una sociedad humana no encontrará su solución más que a través de un tratamiento global. Toda solución parcial, por cómoda que ésta sea, no es y no será nunca una verdadera solución: al menos deberíamos haber aprendido esta lección. Las buenas intenciones no bastan, pues, aunque ya sean algo; no satisfacen más que a sus dichosos detentadores y propagadores. El corazón no puede afrontar la complejidad de los problemas sin que tengamos, de un lado, un conocimiento tan amplio como sea posible de la historia, de la economía, del mundo; y sin que tengamos, por otro, una buena pizca de razón. Ahora bien, como dice Raoul Vaneigem, «el corazón no ha descubierto aún su razón en la historia».

Éste es, por lo tanto, un intento de mostrar cómo esta cuestión no puede ser abordada más que bajo todos sus aspectos a la vez. El lugar asignado a los niños en el mundo no puede dejarnos indiferentes, pues son demasiado numerosos los que tan sólo conocen el horror de una supervivencia impuesta. Con todo, estos niños son tan nuestros —pues somos responsables del estado del mundo con el que se encontrarán— como todos los demás niños. Por supuesto, como no se trata en absoluto de soltar peroratas sino de comunicar, habrá que tratar con una cierta lógica los diferentes aspectos; pero no se debe olvidar que es únicamente por comodidad que tomamos las cosas de una en una. Tenemos, pues, que intentar abarcar de una sola vez tanto la historia como la actualidad, la economía como la ética, el lugar donde nos encontramos como los demás lugares.

¿DE QUÉ TRABAJO HABLAMOS?

Los informes y las estadísticas de la Organización Internacional del Trabajo, de las Naciones Unidas o del Banco Mundial solamente tienen por objeto ayudar a nuestros amos a contarnos, categorizarnos y clasificarnos, con el fin de reducirnos más y mejor a la servidumbre. Así es como se ha introducido una división del trabajo infantil que distingue dos categorías: el *child work*, que consiste en una actividad que no impide la escolarización; y el *child labour*, que es un trabajo más intenso que hace imposible toda escolarización. Las dos palabras, *work* y *labour*, se traducen en castellano por el mismo término: trabajo. Lo que no simplifica nada las cosas, pues se crea una confusión de la que es difícil deshacerse. Y esto tanto más cuanto que la distinción entre *child labour* y *child work* no es la distinción más pertinente.

La edad de los niños que trabajan va de cinco a catorce años. Es esta la franja de edad que, por lo general, las estadísticas toman casi unánimemente en consideración, lo que no impide que, a veces, encontremos a niños más pequeños trabajando.

Hay que distinguir entre cuatro formas principales de trabajo, y precisemos de entrada que esta obra trata principalmente de las dos últimas:

1. *El trabajo doméstico no remunerado.* Este trabajo es, por lo general, efectuado en el seno de la familia misma por las niñas, que ayudan a su madre en la casa en actividades intensivas y de duración relativamente larga. Este tipo de trabajo impide una escolarización regular, pero sería necesario evaluar aquí la responsabilidad de los comportamientos sociales que, tanto en Latinoamérica como en el sudeste asiático o en África, tienden a excluir de entrada a las niñas de la instrucción elemental; la tasa de analfabetismo es así en la India de alrededor del 55% en el caso de los chicos, frente a

alrededor del 73% en el de las chicas. Es evidente que el tipo de aprendizaje que ofrecen estas actividades se reduce al entrenamiento en las tareas domésticas. Este género de trabajo permite que el niño juegue en ciertos momentos del día.

2. *El trabajo no doméstico y no remunerado.* Es el caso más frecuente de los chicos que trabajan con su padre, y este tipo de trabajo se encuentra sobre todo en las zonas rurales, donde los chicos van a los campos o cuidan los rebaños. La duración de este trabajo depende, en primer lugar, del tipo de cultivo practicado; así, en las regiones tropicales secas, en las que el periodo productivo no es más que de tres a cuatro meses, todos los integrantes del hogar son requeridos para un trabajo intenso que impide, en su caso, toda escolarización durante esas pocas semanas. En otros climas, las circunstancias pueden ser diferentes y los niños podrán eventualmente frecuentar la escuela a tiempo parcial. En todos los casos, sin embargo, es evidente que este tipo de trabajo no favorece la escolarización integral. En cambio, es del todo evidente también que ello depende de una práctica multiseccular, que no es criticable en sí misma ya que la perspectiva de los campesinos ha sido desde las épocas más remotas continuar el trabajo de sus antepasados; el trabajo de sus propios hijos al lado de ellos es, de este modo, y sin ningún género de duda, una forma de aprendizaje. Sin embargo, la irrupción de la modernidad en nuestra economía mundializada hace que esta costumbre nos parezca de súbito retrógrada. Apuntemos, por último, que los niños pueden jugar, lo que es algo tan importante como las nociones de remuneración, de aprendizaje o de escolarización.

3. *El trabajo no agrícola remunerado por obra o servicio.* Puede tratarse en particular de producción artesanal o de venta de productos procedentes del hogar (por ejemplo, en numerosos países del Sur, los niños venden en los autobuses o en los trenes comida hecha por su madre). Se pueden citar igualmente ciertos servicios: en los transportes colectivos de las ciudades de Latinoamérica hay niños que trabajan con el conductor; su función es vocear el destino o el itinerario a los

clientes, la mayoría de los cuales son analfabetos. Se trata de una actividad en la que el niño está fuera de su familia y fuera de la escuela. Por último, no tiene casi ningún momento para jugar.

4. *El trabajo asalariado o, en el sudeste asiático en particular, la esclavitud por deudas.* Los niños trabajan en este caso en plantaciones o manufacturas de todo tipo y —tanto si son asalariados (subremunerados en la totalidad de los casos) como solamente alimentados— el producto de su trabajo sirve para pagar las deudas contraídas por sus padres. Este trabajo puede ser, por tanto, agrícola o industrial; y lo que lo caracteriza es que ocupa a jornada completa o a tiempo parcial al niño que se encuentra completamente fuera tanto de la esfera familiar como de la escuela; no ofreciéndole, además, ninguna posibilidad de promoción, ya que no puede ser considerado, como veremos más adelante, una forma de aprendizaje. Numerosos estudios revelan que este tipo de trabajo está vinculado, la mayoría de las veces, a condiciones de ejecución peligrosas para la salud del niño y perjudiciales para su desarrollo físico. A causa de los horarios y de la fatiga, el niño no puede jugar nada y su desarrollo psíquico resulta muy perturbado por ello.

Hablaremos aquí esencialmente del trabajo remunerado. Quizás de modo paradójico, el trabajo infantil no remunerado no es el peor de todos, sencillamente porque corresponde en la casi totalidad de los casos a una forma de aprendizaje y porque deja al niño periodos de juego, por supuesto más o menos largos; sin embargo, señalemos que esta forma de trabajo no está desprovista de peligros para la vida del niño, como en África, donde los chicos empleados para cuidar los rebaños están sometidos a condiciones de trabajo muy duras (largas caminatas, clima insostenible, ausencia de abrigo en la estación de las lluvias y de refugio contra el sol, y de ahí se derivan problemas debidos a la deshidratación, picaduras de insectos, mordeduras de serpientes...).

Un hecho que es demasiado a menudo silenciado es que los niños que trabajan en fábricas o en plantaciones se encuentran siempre en competencia con los adultos. Estos últimos podrían realizar las tareas que les son confiadas a los niños, más aún cuando las estadísticas prueban que el paro en los países que utilizan la mano de obra infantil está lejos de ser inexistente: no se utiliza a niños porque la totalidad de la mano de obra adulta esté empleada. En la India, el número de niños trabajadores es incluso similar al de parados: cuarenta y cuatro millones de niños trabajaban, en 1998, frente a treinta y nueve millones de parados. Este último aspecto — la competencia entre niños y adultos, con todas las tensiones sociales que supone— es un elemento crucial del dossier.

Para resumir, entendemos por «trabajo infantil» aquellas formas de trabajo infantil que reúnen el conjunto de características siguientes:

- las tareas realizadas no son *calificadas y no dependen del aprendizaje*;
- el empleo del tiempo *no permite al niño ir regularmente a la escuela ni jugar según sus deseos y las necesidades de su desarrollo*, y esto incluso cuando el trabajo no es más que a tiempo parcial;
- el trabajo está *subremunerado*;
- se trata de un trabajo en el que *el niño se encuentra forzosamente en competencia con los adultos*, mientras que las tareas vinculadas al aprendizaje doméstico o agrícola permiten al niño adquirir algún conocimiento gracias a los adultos.

LAS DIMENSIONES ACTUALES DEL TRABAJO INFANTIL HOY EN EL MUNDO

Las estadísticas que conciernen al número de niños trabajadores en el mundo no son muy precisas, y ello por dos razones fundamentales: la primera, porque las definiciones de los conceptos «niños» y «trabajo» difieren según los organismos; y, la segunda, porque muchos niños trabajadores participan en el sector denominado informal y se encuentran por tanto fuera de todo control estadístico, incluso fuera de toda legalidad. Sin embargo, éstas son sus principales cifras, cifras que atañen a la vez al *child labour* y al *child work* tal como los definen las organizaciones internacionales.

Según la OIT, alrededor de doscientos cincuenta millones de niños y niñas, cuyas edades están comprendidas entre los cinco y los catorce años, trabajan en el mundo, en su casi totalidad en los países pobres. Ciento veinte millones son empleados a jornada completa, y ciento treinta millones lo son a tiempo parcial. Alrededor del 61% de estos niños son asiáticos, o sea ciento cincuenta y tres millones; ochenta millones son africanos (alrededor del 32%); diecisiete millones y medio son latinoamericanos (alrededor del 7%). Otros niños, que según la OIT suponen algo menos del 5% del total, trabajan en los países ricos (como repartidores de leche en Gran Bretaña, por ejemplo).*

* En un informe del año 2002, el Programa Internacional para la Erradicación del Trabajo Infantil (IPEC según las siglas en inglés) estima que, en el año 2000, 352 millones de niños y niñas en el mundo, de entre 5 y 17 años de edad, eran «económicamente activos». De éstos, 211 millones tenían menos de 15 años. Según el IPEC, los niños y niñas que trabajan son 246 millones: 186,3 millones tienen entre 5 y 14 años, y están empleados bastantes horas a la semana; y 59,2 millones tienen entre 15 y 17 años, y están empleados en trabajos «peligrosos». Entre los 186,3 millones de niños y niñas trabajadores de entre 5 y 14 años, 111,3 millones trabajan en sectores peligrosos. Por último, el IPEC estima que 8,4 millones de niños y niñas sufren las peores formas de explotación: trabajo forzado o esclavitud (5,7

Los niños trabajadores constituyen el 27,3% del conjunto de los trabajadores en Turquía, el 20,9% en Tailandia, el 19,5% en Bangladesh, el 18,8% en Brasil, el 16,6% en Paquistán, el 12,4% en Indonesia, el 8,2% en Egipto, el 6,6% en Argentina, el 5,2% en la India y el 4,9% en Sri Lanka. Los pequeños trabajadores de diez a catorce años representan el 42,3% de los niños de esta franja de edad en Etiopía, el 41,3% en Kenia, el 31,4% en Senegal, el 30,1% en Bangladesh, el 25,8% en Nigeria, el 24% en Turquía, el 20,5% en Costa de Marfil, el 17,7% en Paquistán, el 16,1% en Brasil, el 14,4% en la India, el 11,6% en China y el 11,2% en Egipto.

En números absolutos, la India es el primer país en utilizar mano de obra infantil, con 11.285.349 niños trabajadores, según el censo oficial de 1991 (9.082.141 a tiempo completo, 2.203.208 a tiempo parcial). Según otras fuentes —en este caso la UNICEF y la OIT— el número de niños trabajadores en la India se elevaría hasta cuarenta y cuatro millones, e incluso hasta ciento diez millones según un estudio privado. Según Suman Candra, director adjunto del Instituto Nacional para el Desarrollo Rural de Hyderabad, de quien tomamos estos datos, las principales ramas industriales que utilizan el trabajo infantil son: alfombras, vidrio, cerillas, fuegos artificiales, *beedis* (una especie de pequeños cigarrillos de eucalipto), cerrajería, joyería, alfarería y ropa. La industria de la alfombra —cuyo principal destino es la Unión Europea— ocupa, ella sola, a alrededor de un millón de niños; muchos de ellos trabajan por nada, reducidos a la esclavitud para devolver las deudas de sus padres. A finales de los años noventa, en la industria del vidrio, en Firozabad, los niños ganaban de siete a ocho rupias por ocho horas de trabajo diario, ilo que equivaldría aproximadamente al precio de 300

millones), prostitución e industria pornográfica (1,8 millones), otras actividades ilegales (600.000) y reclutamiento en grupos armados (300.000). Esta precisión estadística es reciente. Su origen es la estrategia anunciada por la OIT, a principios del año 2000, de sacar a la luz las formas más intolerables de trabajo infantil.

gramos de arroz (cifra de 1999)! En el sector de las cerillas, los niños trabajan desde la edad de tres años y medio, y su salario diario varía entre dos y ocho rupias. Según un estudio de 1999 (*Eradicating child labour while saving the child*), los niños representarían el 75% de la mano de obra en la industria de la alfombra en Mirzapur, el 37% en la industria de la seda en Benarés, el 25% en la industria del vidrio en Firozabad, casi el 30% en las industrias de artesanía del Jammu y Cachemira, y, al menos, el 22,5% en el pulido de piedras preciosas en Jaipur, en el Rajasthan.

Las condiciones de trabajo en las fábricas son difícilmente imaginables; no tienen nada que ver con las condiciones «medievales», como a veces decimos por aquí: en la Edad Media, este género de maltrato y de desprecio generalizado sencillamente no existían en la esfera de la producción, y no tenemos porqué tomar a Guilles de Rais —un pedófilo, que diríamos en nuestros días— como prototipo del individuo medieval.

En la India, los niños ganan de media, a duración de trabajo igual y a veces superior, entre un tercio y la mitad del salario de los adultos. Un estudio de la Escuela de Trabajo Social de Madras, encargado por la Sociedad Antiesclavista, ha puesto de manifiesto que el 31% de los niños empleados en las industrias mecánicas y la construcción trabajan de diez a once horas diarias. En la industria del diamante, en Surat —donde más de cincuenta mil niños son empleados—, los chiquillos constituyen en torno a los tres octavos de los trabajadores, y tienen sus puestos de trabajo cerca de los hornos, donde la temperatura alcanza los 130°C, en un ambiente extremadamente contaminado, que ocasiona enfermedades de la piel y de los ojos. Siempre según la Sociedad Antiesclavista, en la India hay dos veces más chicas que chicos que trabajan en las minas y las fábricas. En la industria de la alfombra, las condiciones son «absolutamente infrahumanas»: los niños son encerrados, a veces torturados para trabajar, y toda libertad de movimientos les es suprimida (Mirzapur, Benarés,

donde trabajan más de ciento cincuenta mil niños; léase el excelente estudio de B. N. Juyal, de la Indian Social Institute de Nueva Delhi: *Child labour and exploitation in the carpet industry*, 1987).

La evocación de la industria de la alfombra en la India nos conduce a la de la esclavitud. La abolición oficial de la esclavitud en la India se remonta a 1843, pero los esclavos no fueron manumitidos. La práctica no fue sin embargo eliminada: la esclavitud fue declarada ilegal en 1947, lo que es el más claro reconocimiento de su persistencia. En nuestros días, se sigue perpetuando bajo la forma de esclavitud por deudas, en la que los padres y sus hijos trabajan para devolver las deudas —por ejemplo, al Maharashtra—, deudas que se originan con motivo de las bodas. Ocurre que esta forma de negación del ser humano afecta casi exclusivamente a los *sudra* (que es la casta de los siervos en la división hinduista), a los sin casta (que son los que no forman parte de las cuatro castas religiosas: *brabamanes*, *kshatriyas*, *vaisyas* y *sudras*, a las que no hay que confundir con las castas «corporativas») y a los miembros de las «tribus», que están entre los más pobres de los indios. La cuestión de la esclavitud en la India nos propulsa así al corazón mismo de problemas que son a la vez religiosos —como las castas, el desprecio de las «tribus» no hinduistas—, económicos —es el caso de la extrema pobreza— y sociales —mantener el rango en las raras ocasiones de la vida en las que eso es posible y necesario, como en el momento del matrimonio, fuente de endeudamiento infinito—. Algunos quieren detener a la India, hacer de ella una nación bárbara, mientras que es de ese país de donde nos vienen nuestra lengua y tantos elementos culturales fundamentales. Así, las formas modernas de esclavitud —injustificables en cualquier caso— plantean abruptamente la cuestión de las formas de substitución —religiosas, económicas, sociales— que permitirían acabar en la India con la actual situación, lo que supera ampliamente el marco del presente trabajo.

Un informe encargado por el Gobierno indio indica, lo que es más preocupante aún, que el número de niños traba-

adores aumenta en la India a un ritmo del 4% anual (Commission on Labour Standards and International Trade).

El porcentaje de niños que trabajan en el medio rural es muy elevado: el 87% en el Nepal, el 85% en la India y en Tailandia, el 81,9% en Bangladesh y el 67% en Paquistán. Una pequeña parte de estos niños es empleada en las plantaciones (de té, hevea, palmera de aceite, caña de azúcar, café, algodón e incluso en los plataneros). Se estima así que en la India algo menos de cien mil niños son empleados en las plantaciones de té. Pero si bien su número es relativamente pequeño, las condiciones de trabajo que padecen están entre las más duras que existen. La agricultura mundial se ha transformado profundamente en el curso del último medio siglo, y el impacto sobre el trabajo infantil es evidente y ciertamente negativo. Aun no queriendo trazar una visión idílica del trabajo de los niños campesinos de la India antes de la Revolución verde, sus condiciones de trabajo hoy en día se han degradado de una manera muy peligrosa. Así, los niños son cada vez más empleados por personas extrañas a su familia (K. Mahajan y J. Gathia, *Fields observations in Kolhapur [Maharashtra]*, 1986), y el número de niños asalariados que trabajan en los campos ha sido a partir de ese momento superior al de las mujeres. Lo que no es más que la parte más visible de los profundos cambios estructurales de la sociedad campesina y de los métodos agrícolas. Los niños sufren cada vez más enfermedades debidas a la utilización de insecticidas y de pesticidas (en la India, Guatemala y en cualquier otra parte del mundo) y a la malnutrición; el trabajo en familia constituía, desde este punto de vista, una protección segura, a la que la condición salarial ha puesto fin: dos tercios de los niños indios están hoy malnutridos, según el Banco Mundial, que precisa, además, que la tasa de mortalidad infantil en la India era del 65% en 1996; este índice es mucho peor, particularmente, en numerosos países de África.

Los niños campesinos son muy a menudo víctimas de golpes; son a veces vendidos (el caso de las chiquillas del Nepal

no es algo aislado, aun cuando se trata de uno de los más importantes en proporción a la población, puesto que la UNICEF estima en diez mil el número de niñas vendidas cada año). En Guatemala se han denunciado numerosos casos de fumigación con avionetas de los campos de algodón mientras que los trabajadores, muchos de ellos niños, estaban trabajando en la cosecha; encontrando así muchos de ellos la muerte. Una muerte horrible.

En Indonesia, niños reclutados por compañías privadas practican la pesca desde plataformas en las que viven y trabajan sin ningún contacto con tierra. Se les llama «los niños-peces». Florence Ganoux, en la revista *Silence*, escribe: «Los niños trabajan hasta veinte horas seguidas al día, por un salario inferior a cincuenta francos al mes. Se levantan regularmente a las tres de la mañana. El niño que desea volver a su casa después de haber descubierto la realidad del trabajo exigido [...] no volverá a tierra hasta que la compañía pesquera haya encontrado otro niño para reemplazarlo».

Podríamos todavía evocar aquí a los niños soldados empleados para detectar minas en países como Irán, o incluso el caso de Sri Lanka donde los niños son utilizados como combatientes en la guerra civil...

La explotación sexual de los niños es un fenómeno marginal por lo que hace al número de individuos concernidos, pero particularmente atroz e indignante. Niños vendidos por sus propios padres (en Nepal, Birmania o la India, entre otros países) y prostituidos en las metrópolis, en las que los «turistas sexuales» saben dónde dirigirse gracias a guías del estilo de *Spartacus* (la revista *Spartacus* ha desaparecido, pero mucho nos tememos que otras guías del mismo tipo existan ya, particularmente en internet, donde sigue siendo difícil detectarlas). Niños de países ricos secuestrados y vendidos a la industria pornográfica puesta en marcha por seres para los que es difícil encontrar calificativos.

No hay términos lo bastante fuertes para calificar este género de atrocidades, puesto que hay formas de combatirlas

de fácil aplicación: la prohibición pura y simple de ir a los países en los que la prostitución de niños está más que comprobada. En efecto, la Organización Mundial del Comercio (OMC) impone las normas que ciertos productos deben cumplir para ser considerados aptos para la exportación; ¿por qué no imponer al turismo, que es un producto como cualquier otro en la lógica mercantilista neoliberal, la norma de «libre de toda prostitución infantil»? Y más aún cuando la nueva estrategia de las organizaciones internacionales, ya sea la UNICEF, la OMC o la OIT, consiste precisamente en poner el acento en «las formas más intolerables del trabajo infantil». Sin embargo, actualmente no se formula ninguna sugerencia para impedir la prostitución infantil. ¿Por qué? ¿No será ésta una prueba de la hipocresía de Occidente?...

En Occidente, y especialmente en Francia, los intelectuales —bien nutridos de Sade y de sus modernos epígonos— no han comprendido la diferencia entre libertad y opresión sexual. No es de extrañar, por lo tanto que, en 1999, el hijo de un editor parisino muy conocido fuera denunciado porque empleaba en su domicilio a una verdadera esclava. En Bélgica, el asunto Dutroux puso de relieve, por su parte, una profunda ambigüedad: la izquierda se afanó en denunciar las recuperaciones «populistas» del caso —y es cierto que el populismo conduce con frecuencia al fascismo—, mientras que en Francia la Liga por los Derechos Humanos denunciaba las condiciones de detención de los poseedores de vídeos denominados pedófilos —el feliz eufemismo: del griego *paidos*, niño, y *philein*, amar...—, sin poner en primer plano a los niños cuya vida es evidentemente destrozada más allá de toda imaginación. El caso es que los fanáticos de Sade no han comprendido que si efectivamente hay liberación en la obra del «Divino Marqués», ésta es tan sólo la de su propio autor. *Justine* no es un libro de recetas. Por otro lado, la sexualidad infantil no tiene nada que ver con la sexualidad adulta; y encontrar placer en el sufrimiento no es más que el reconocimiento de la sumisión al Orden —ya se trate de su propio sufrimiento o del sufrimien-

to del «partenaire» (otro feliz eufemismo...)—, puesto que el Orden se basa fundamentalmente en la sumisión.

Deberíamos escuchar a Marcuse y meditar sobre lo que escribía en 1972 en *Contrarrevolución y rebelión*: «Lo que en este mundo se ha convertido en intolerable es la implacable unidad de los contrarios: el placer aliado al horror, la calma a la violencia, el goce a la destrucción, lo hermoso a lo feo, y esto nos hiere y nos afecta de forma tangible en el contexto de nuestra vida cotidiana. [...] la odiosa unidad de los contrarios (la manifestación más concreta y menos sublimada de la dialéctica capitalista) se ha convertido en el elemento motor del Sistema; es preciso hacer un arma política de la protesta contra este estado de cosas».

LA EVOLUCIÓN DE LA SITUACIÓN DE LOS NIÑOS RESPECTO AL TRABAJO

La aparición del trabajo infantil

La entrada de los niños en el mundo del trabajo comienza verdaderamente con la irrupción del modo de producción industrial. (Recordemos que en esta obra consideramos el trabajo agrícola tradicional de los chicos como algo que depende del aprendizaje.) No hay que confundir trabajo infantil y pobreza: si bien la pobreza es tan antigua como el mundo civilizado, no es, ni mucho menos, la causa directa del trabajo infantil. La historia lo muestra claramente: los pobres sólo han puesto a sus hijos a trabajar cuando ellos mismos no han tenido ya otro recurso para sobrevivir que la venta de sus brazos, de su fuerza de trabajo. Es decir, cuando, siendo ya pobres, se encontraron reducidos a la miseria absoluta.

En las sociedades denominadas primitivas, como las pigmeas de África central, el «trabajo» consiste únicamente en la caza y la recolección. Los niños recolectan e incluso participan en la caza; ¿es por eso trabajo? Se trata más bien de una actividad común a los adultos y a los niños, de una actividad que es lúdica, puesto que no está dominada por la angustia del día siguiente: habrá casi siempre algo para recoger o alguna pieza para atrapar, al menos mientras el bosque viva.

No es éste el lugar para extenderse sobre las características económicas de las sociedades denominadas primitivas (al respecto puede leerse el soberbio prefacio de Pierre Clastres a la edición francesa de *Economía de la Edad de Piedra*, de Marshall Sahlins, que fue sugerentemente traducida al francés como *Âge de pierre, âge d'abondance*), pero es importante revertir el esquema dominante: según éste, la entrada de la humanidad en la era económica habría correspondido a la era de la abundancia. Pero lo que es cierto es todo lo contrario: la

economía suscitó supuestas necesidades y modificó las relaciones del hombre con la naturaleza; por ejemplo, la sedentarización de los agricultores entrañó la transformación de nuestra visión del mundo, que de repente se vio reducido a un horizonte cerrado. Estas nuevas necesidades, a su vez, llevaron a los hombres a producir cada vez más, hasta una época muy reciente en la que nos hemos puesto a producir cosas totalmente inútiles. Por un lado, el «enriquecimiento» de los países ricos es muy relativo; ¿o es que ser rico es poseer dos coches, tres ordenadores y una televisión en cada habitación? Por otro, este enriquecimiento material se ha hecho en detrimento de una inmensa parte de la población mundial, que, desde entonces, no tiene ya acceso ni siquiera a lo estrictamente necesario. Así, a escala mundial, que es su verdadera dimensión desde hace dos siglos, *la economía crea escasez*.

Hoy en día, para una treintena de países que viven en la abundancia, ¿cuántos países hay que ayer —hace, por tanto, dos siglos, e incluso algo más, según los azares de la historia— conocían, si no la abundancia, al menos la autosuficiencia, y que a partir de entonces viven por debajo del umbral de la pobreza? La economía ha instalado la escasez por muchas razones, una de las cuales nos interesa en particular: la pretendida necesidad y la real voluntad de racionalizar todo lo que sea explotable. En vez de comer aves producidas de modo biológico, sin perjuicio para la naturaleza, es mejor tragarse un pollo de granja industrial criado en condiciones abominables, atiborrado más que alimentado de harinas peligrosas para la salud —del pollo y del consumidor—, y todo eso a fin de «vivir acorde a su tiempo». En vez de tejer con un bastidor concebido hace miles de años —como ocurre en nuestros días aún en Guatemala—, es mejor introducir bastidores mecánicos, que tejen incluso los hilos sintéticos, cuya producción lleva consigo una elevada contaminación. Y en vez de dejar ociosos a esos hijos de pobres demasiados pobres como para ir a la escuela, es mejor ponerlos a trabajar.

La explotación de todo lo que es, inútil o exterior al proceso económico se convierte en la regla. Volver útil lo inútil, pero volverlo útil sólo para las finalidades de la economía. Volverlo rentable. El ser humano ha sido poco a poco excluido de esas finalidades económicas, como habían sido excluidas antes que él las plantas y los animales, aunque se trataron de explotar sistemáticamente, con las consecuencias desastrosas que solamente hoy se comienzan a medir: desaparición de variedades de plantas locales altamente resistentes a las enfermedades; desaparición definitiva después de un centenar de años de numerosas especies animales... Actualmente, sobre una población de 6 mil millones de seres humanos, alrededor de 2.200 millones viven con el equivalente a dos dólares diarios, lo que corresponde a una indigencia absoluta, desconocida hasta ahora a una escala semejante en la historia de la humanidad.

¿Algunas situaciones extremas estarían, como pretenden algunas investigaciones, próximas a la esclavitud? Un esclavo en la Roma antigua era un bien, en el sentido económico del término, y su amo, si era un poco sensato, buscaba preservarlo para poder utilizarlo el mayor tiempo posible. Hoy, un pequeño esclavo moderno, tal como lo podemos encontrar en Oriente Medio, pero también —como hemos visto todavía en 1999— en unas pocas familias europeas, conoce una situación mucho peor que la del esclavo de la Antigüedad. Pues al amo contemporáneo le importa muy poco lo que pueda pasarle a un ser que, de todos modos, debe esconder pues la ley prohíbe formalmente la esclavitud. El esclavo moderno se encuentra ante dos problemas perfectamente insolubles: la hipocresía es general y el joven esclavo no puede encontrar ninguna ayuda en el medio social en el que es obligado a desenvolverse; las más de las veces desarraigado —como en el caso de los jóvenes srilankeses que son exportados en gran número hacia supuestas familias de acogida, en el Líbano, en Francia o en otros lugares—, el joven esclavo sabe que su

fuga es imposible. Al menos, los esclavos cimarrones del sur de los Estados Unidos podían contar con la ayuda de sus compañeros de infortunio, pues las rebeliones eran numerosas.

La hipocresía —o la ignorancia— reina entre todos aquellos que, de buena fe, piensan que es el blanco el que ha abolido la esclavitud. Sin embargo, el blanco no la ha abolido más que en los textos; son los negros los que han arrancado esta abolición con sus motines. Sabemos así, desde los años noventa, gracias a los archivos de la compañía de seguros marítimos Lloyd's, que numerosos barcos se fueron a pique a lo largo de Senegal, hundidos por su propia carga de africanos o por otros, sus hermanos, que habrían atacado a los negreros en piragua desde la costa. En nuestros días, el problema se ha complicado: el tráfico de esclavos se asemeja al de la droga; a los cárteles les han sucedido las hormigas, y aplastarlas una a una parece una empresa ridícula, abocada desde el principio al fracaso...

Detengámonos otra vez, esta vez en la Edad Media, alrededor del año 1000, época de gran penuria en Occidente; antes las cosas iban mejor, según parece, y después mejoraron mucho, hasta el punto de que los historiadores hablan del primer Renacimiento del siglo XI. Por aquel tiempo, los rendimientos —que tan sólo eran a veces de cuatro o incluso de dos granos cosechados por uno sembrado, y que incluso llegaban a ser aún menores los años de hambre— despegan poco a poco para dejar casi definitivamente la zona crítica de las hambrunas cíclicas, periodos de muerte en los que sólo sobrevivían los más afortunados o los más vigorosos, además de los más ricos, por supuesto! En la Edad Media, por consiguiente, el sitio del niño está al lado de sus padres. El muchacho imita a su padre y la muchacha, a su madre. ¿Sin necesidad de escuela alguna? A este respecto, es necesario acabar con el mito del «sacrosanto Carlomagno»: todavía en el siglo XI, la mayoría de los señores firmaban con una cruz. La idea de la educación escolar y el aprendizaje de la lectura estaban

reservados a una cierta casta: los clérigos en particular, y aún faltaba mucho tiempo para que todos supieran leer. En esa época, los niños tenían dos tipos de actividades: el juego y la imitación de los padres, que, por otro lado, se podía asimilar en parte al juego. El paso de una a otra era progresivo, en función particularmente del desarrollo físico de los niños. O sea, algo totalmente incomparable con la puesta a trabajar de chiquillos de ocho años, e incluso de seis años, en las fábricas de la revolución industrial!

Desde hace uno o dos siglos, el aprendizaje ha vuelto aún más opaca la cuestión. Especie de rito de paso entre el mundo de la infancia y el del trabajo, esta invención presenta, sin lugar a dudas, aspectos positivos cuando se trata de adquirir un auténtico saber-hacer; pero, en nuestros días, con la maquinización a ultranza de la economía y de nuestra propia vida, el hombre se ha convertido en un ser reificado —en un ser sometido a las cosas—, y el aprendizaje no es en realidad, la mayoría de las veces, más que una simple etapa en el camino de la sumisión del niño al orden adulto.

La escuela misma no está en franca oposición con el trabajo. Cada vez más, la escuela está vinculada al mundo del trabajo a través de las prácticas, mediante las materias propuestas a los niños, que tienen tendencia a evacuar precozmente las dimensiones denominadas «infantiles»: el sueño, la imaginación y la expresión libre. El camino del infierno está, en este caso, empedrado de buenas intenciones: cuando hace algunas décadas la UNESCO se asignaba como objetivo la desaparición del analfabetismo en el año 2000, esto significaba en última instancia la desaparición de las culturas orales. El analfabetismo no es en sí mismo una tara; en cambio, lo que sí que es dramático es la marginación de las culturas orales por parte de las culturas escritas, y el carácter conquistador que éstas tienen. Pues, indudablemente, un joven campesino que apenas sepa contar tiene todas las probabilidades de ser engañado por las gentes de la ciudad. Sin embargo, no podemos suprimir a la vez el trabajo infantil en la agricultura y su necesario aprendi-

zaje... ya que la mayor parte de estos niños, precisamente, se convertirán en campesinos. La escolarización debería en buena lógica adaptarse, en las zonas rurales, a los verdaderos problemas con los que se encontrarán los niños que quieren proseguir el camino de sus padres y con la cultura de sus antepasados. Ahora bien, sin caer en el culturalismo exótico de salón, la cultura de los ancestros, si no es ella misma el resultado de un proceso de naturaleza imperialista —como lo son, en particular, el islam y el cristianismo—, es a *priori* más positiva que la cultura *made in the United States...*

El trabajo no es un fenómeno que se pueda aprehender con independencia de la sociedad en la que tiene lugar. Karl Marx consideraba incluso determinante el modo de producción, es decir, la naturaleza misma del trabajo. Es ésta la ocasión de decir algunas palabras sobre los regímenes denominados marxistas. En China, como en la Unión Soviética, los progresos realizados en el plano de la salud física de los niños y de su escolarización se pagaron con la servidumbre a la ideología dominante; campos de trabajo para los jóvenes «intelectuales» en China, por ejemplo, que traumatizaron a muchos de estos jóvenes arrojados de golpe a la arena de las lamentables relaciones de poder burocrático. En países satélites como Camboya o Rumania, los malos tratos a los niños están totalmente comprobados: desde el abandono masivo en los orfanatos —lo que, a este nivel, revela el poco caso que la sociedad le hace a los niños— hasta la pura y simple masacre cometida por los jermes rojos. Una vez desaparecido el bloque denominado comunista, no merece la pena insistir más sobre estos países, que tan sólo han demostrado que el capitalismo de Estado, redoblado con un imperialismo militante, era tan nocivo como cualquier otra forma de capitalismo parasitario.

Precisemos, sin embargo, que en Cuba, según confiesa incluso el Banco Mundial, la tasa de mortalidad infantil era en 1998 —y ello a pesar de la intensificación del bloqueo— del 8‰ (5‰ en Francia, 7‰ en los Estados Unidos, 32‰ en México), y la esperanza de vida de 76 años (77 en los Estados

Unidos). Y, a este respecto, aún tendríamos que desagregar las cifras de los Estados Unidos para tener una comparación correcta: pues la esperanza de vida de los negros es netamente menor que la de los blancos. Para acabar, el 100% de los niños cubanos tiene acceso a los cuidados de salud, lo que está lejos de ser el caso de los Estados Unidos (datos curiosamente «desconocidos» por el Banco Mundial). Si bien algunos testigos afirman que actualmente hay niños que mendigan en Cuba, la causa de ello se encuentra en los problemas económicos (en Cuba, en 1980, no vimos a ningún niño ni a ningún adulto mendigar, ya fuera en la Habana, en los suburbios... o en el campo).

A partir de ese momento, todos los economistas reconocieron que existe un lazo estrecho entre la forma que se tiene de producir bienes y el rostro que ofrece la sociedad. El trabajo infantil nos plantea así la cuestión de la forma global de nuestra sociedad. No se trata de sentirse culpable, pero sí responsable. Los problemas que agitan este mundo no pueden ser resueltos uno por uno, como si estuvieran desvinculados unos de otros. La cuestión del trabajo infantil repercute, por tanto, en una infinidad de aspectos del mundo moderno: en la economía, la política, el derecho, la ética, la creencia en el progreso...

La pauperización y el trabajo infantil

El viejo Marx es fuertemente criticado por aquellos que lo identifican con Stalin y con el fracaso del modelo pretendidamente soviético; «pretendidamente», pues los *soviets* —o en castellano, los consejos obreros— fueron virtualmente apartados del poder por Lenin tras su toma del poder en octubre de 1917, y aplastados por el Ejército rojo de Trotski en la masacre de Kronstadt en 1921. Abandonemos, pues, la inútil polémica sobre el carácter real de la Unión Soviética y de sus colonias ideológicas para retomar una de las tesis fundamentales de Marx: la pauperización del proletariado, es

decir, la tendencia general que hace que los trabajadores sean cada vez más pobres.

Para Marx, la historia del capitalismo está dominada por la tendencia a la caída de la tasa de beneficio. La competencia entre los capitalistas les lleva a intentar producir más barato que sus competidores y, por eso, a disminuir la parte relativa del trabajo asalariado y del número de obreros, acrecentando el recurso a las máquinas, lo que permite aumentar la plusvalía extraída del trabajo de cada obrero, ya que cada obrero transforma más materia prima que antes gracias a la mecanización. Cada capitalista, produciendo a la vez más y menos caro, puede así vender *a priori* un poco más barato que sus competidores y, por tanto, más fácil o menos difícilmente que ellos. Sin embargo, su tasa de beneficio baja, ya que la inversión es enorme en maquinaria y en tecnología —si Peugeot gana miles de millones, ¿cuánto han costado las cadenas de fabricación?—. Por último, en los años noventa, es la caída de la tasa de beneficio la que ha llevado de manera acentuada a los detentadores de capitales a preferir la especulación bursátil a las ganancias nacidas de la producción! Las nuevas contradicciones a que eso conduce son todavía peores y más agudas que las que el mundo había conocido hasta los años ochenta.

Señalemos de paso que la suma de las iniciativas individuales —en este caso, la elevación de la plusvalía para cada uno de los capitalistas, que es el único objetivo que buscan— ha producido una bajada de la tasa de beneficio, consecuencia opuesta a la que esos individuos deseaban. Lo que debería incitarnos a meditar profundamente sobre el fin eventual del capitalismo...

Mas volvamos a la pauperización: el otro inconveniente de esta tendencia decreciente de la tasa de beneficio es que supone la pauperización del proletariado, ya que los obreros son poco a poco reemplazados por máquinas. Algunas soluciones aparecieron ya en el siglo XIX, en la época en la que Marx escribe: así, se exportaron los problemas, por ejemplo enviando a

los trabajadores excedentes hacia las nuevas tierras —Estados Unidos, Canadá, Latinoamérica y, por supuesto, a las colonias, que juegan así su papel...—, y se crearon «necesidades», de las que el automóvil sería la más ilustrativa. Algo más tarde se creará lo virtual: el comercio, los servicios, que ocupan hoy, y de lejos, el primer lugar en las sociedades del Norte. Sí, ¿pero la pauperización ha desaparecido por eso? No, en nuestros días continúa extendiéndose en las ex colonias, allá donde los capitalistas transfirieron sus actividades de producción primaria menos rentables. La pauperización se desarrolló de esta manera a un ritmo desconocido antes en la historia de la humanidad, pero, eso sí, en un lugar diferente a nuestro país. ¡Pues acá hemos podido comprar frigoríficos y coches! Mientras que en África, en Asia o en Latinoamérica la miseria se instalaba por todas partes, ya se sueña con la riqueza de la India o con el vigor de los africanos, ya se la compare con aquello en que la primera y los segundos se han convertido en nuestros días, bajo el efecto de la explotación económica y de la subalimentación, al final de esta cadena de la miseria se encuentran los más pobres de entre los pobres y los más débiles de entre los débiles: los niños.

De este modo, para comprender al autor del *Capital*, hay que recordar que escribe en un momento en el que el sistema capitalista se extiende en Europa occidental y sólo por ella. La explotación sistemática de las colonias se encontraba tan sólo en sus balbuceos. Los imperios francés y británico todavía estaban, en efecto, por organizar para la producción y la exportación, incluso aún estaban por conquistar, en el momento en el que se publica la primera parte de *El Capital* (1867). Marx examinó, pues, un solo modo de producción, el de Europa, y constató que el trabajo, a medida que se descualifica, como diríamos hoy, puede ser evidentemente realizado por trabajadores cada vez menos cualificados, incluyéndose aquí a los niños.

Ulteriormente, la situación se ha agravado de modo considerable, ya que una inmensa parte de los trabajos subcualificados, y precisamente esos trabajos, se ha desplazado hacia

Asia, África y Latinoamérica. Ya se trate de producir materias primas, mercancías de bajo nivel tecnológico o cultivos de plantación, el trabajo en los países dominados está, con toda seguridad, mucho menos cualificado que aquí. Y no es una casualidad si los pocos ejemplos que contradicen esta tendencia, como es el caso del polo informático mundial de Bangalore, en el sur de la India, son precisamente destacados por los defensores del desarrollismo —esto es, por aquellos que postulan el progreso de los países pobres según una vía similar a la ya seguida por los países del Norte—, pues estos «grandiosos éxitos» constituyen sencillamente meras excepciones.

Desde Marx, la colonización ha consumado una enorme tarea: mientras que hacia 1860 la valorización(!) de las colonias apenas había comenzado, ésta ha constituido un paliativo muy útil del ascenso de las reivindicaciones obreras. Los capitalistas vieron rápidamente todo el provecho que podían sacar de los países dominados; se trataba no sólo de arrebatarles a bajo precio toda suerte de materias primas y de productos útiles que serían revendidos aquí provechosamente, sino que, a medida que se desarrollaba el maquinismo y la contestación obrera, los capitalistas más avanzados se dieron cuenta de que podrían hacer fabricar una ingente cantidad de mercancías al otro lado de los mares. Desde luego, los burgueses del siglo XIX no necesitaron de un gran coraje para abolir la esclavitud o prohibir el trabajo infantil en las fábricas: ¡el relevo estaba ya en marcha! Marx no lo llegó a comprender porque creía en el Progreso: pensaba que el hombre debía dominar, de todas maneras, la Naturaleza, que éste era su fin último, su razón de ser, y que éste sería su modo de liberación; pensaba que las máquinas, después de haber sojuzgado a los hombres, en un proceso dialéctico enrevesado al modo de la mala filosofía, los liberaría del trabajo.

Había sin embargo, antes de Marx, una poderosa corriente de oposición a la máquina: en el siglo XVII, el médico Gui Patin aconsejaba al inventor de una prestigiosa sierra mecánica no darse a conocer entre los obreros, ¡si en algo estimaba su vida!

Montesquieu consideraba «perniciosas» las máquinas que redujesen el número de trabajadores. Pero la *Encyclopédie* afirma: «En todas partes donde la mano de obra es cara, es necesario suplirla por máquinas; éste es el único medio de ponerse al nivel de aquellos países en los que es más barata. Desde hace mucho tiempo, los ingleses se lo enseñan a Europa».

Así, este proceso es perfectamente conocido y analizado desde hace mucho tiempo: las máquinas permiten descualificar el trabajo y por tanto, pagarlo más barato y reemplazar a esos cuasi-artesanos, que eran los primeros trabajadores industriales —hombres y mujeres—, los cuales no debían saber efectuar más que un solo y mismo gesto; Marx habla de este trabajo simple como aquel «en el que cada individuo normal puede ser adiestrado». Contra la invasión de esta nueva forma de embrutecimiento, los levantamientos de los obreros son tan antiguos como la introducción de las máquinas en las fábricas: desde los obreros londinenses opuestos a la introducción de bastidores para fabricar cintas en las sederías, en 1675, hasta los ludditas que Marx juzgaba con desprecio, al considerar que no habían comprendido nada y que destruir las máquinas no tenía ningún sentido. No obstante, los obreros habían comprendido, mucho antes que Marx, que *el trabajo descualificado es totalmente alienante para el ser humano*. Desde entonces, la máquina se ha perfeccionado de tal modo que, en un país como Francia, hemos acabado lamentándonos por no estar formados en las nuevas tecnologías, es decir, en última instancia, ¡por no encontrar ya un puesto de sirviente al lado de una máquina!

Marx subestimó considerablemente la capacidad de los capitalistas de trasladar a otros lugares las producciones que los trabajadores demasiado contestatarios no querían realizar más por salarios de miseria. Y una cosa lleva a la otra: si hoy las empresas son transnacionales es porque es evidente que no pueden continuar funcionando en una zona tan reducida; si hoy los sindicatos nos parecen tan reformistas es porque no han comprendido en absoluto la necesidad de pensar el

trabajo a nivel mundial; y chapoteamos en nuestro pequeño universo con confederaciones sindicales «francesas» que sólo se preocupan de los intereses de sus nacionales...

Tristes tiempos en los que los análisis debieran jugar un papel esencial, puesto que el trabajo mismo se modifica de manera radical y muy rápidamente. Por otra parte, ¿sabemos todavía lo que es el trabajo? Mezclamos tranquilamente trabajo autónomo —el del artesano, en particular— y trabajo asalariado, en el que —es necesario recordarlo— el obrero no posee nada más que su fuerza de trabajo que vende a un comprador, el capitalista, cuya primera característica es ésta; pues el capitalista compra la fuerza de trabajo y la paga por menos de lo que vale, consiguiendo así un beneficio. Marx demostró en efecto que, en la economía capitalista, la fuerza de trabajo es una mercancía. La fuerza de trabajo se compra, y su precio, el salario, se negocia en el mercado según el principio generalizado del valor de cambio; y éste, como para cualquier otro producto, está determinado por el tiempo de trabajo socialmente necesario para la producción del bien. La medida del salario corresponde, así, al coste del mantenimiento y de la renovación de la fuerza de trabajo, equivaliendo estrictamente al de la subsistencia material del trabajador y de sus hijos, que le reemplazarán; de ahí la etimología de la palabra proletario, «el que no tiene como riqueza más que su descendencia, sus hijos». Si esto ya no parece cierto en los países dominantes, en los que los trabajadores se han podido comprar un coche, o una nevera y marchar de vacaciones (gracias al Dopolavoro, la organización del tiempo libre fascista, o con el Club Mediterráneo, más recientemente), debemos considerarlo a escala del sistema capitalista en su conjunto, o sea, a escala planetaria. Pues, a esta escala, ni siquiera el Banco Mundial puede ocultarlo: los salarios no sólo tienden a rondar lo estrictamente necesario para la supervivencia, sino que en numerosísimos países son incluso inferiores. Es lo que las estadísticas denominan el umbral de la pobreza; ahora bien, el umbral de la pobreza de nuestras

modernas estadísticas no equivale a otra cosa que a lo que Marx designaba como el coste del mantenimiento y de la renovación de la fuerza de trabajo; o sea, el alimento del trabajador, de su mujer y de sus hijos, algo de ropa y un simple techo (lo que en Latinoamérica se denomina la *canasta básica*, la «cesta de la compra»). Recordemos que, en efecto, para Marx, el mínimo hacia el cual tienden realmente los salarios «es apenas a lo que es necesario para producir los objetos indispensables para el sustento del obrero, para ponerlo en estado de alimentarse mal que bien y de propagar por poco que sea su raza» (*Discurso sobre el librecambio*). Únicamente es a través de la lucha que los trabajadores pueden aspirar a un salario superior a ese simple mínimo de supervivencia; de ahí el interés de los patronos por emplear niños, que son menos dados a la lucha reivindicativa.

Siempre según el Banco Mundial, sobre una población de 6 mil millones de seres humanos, 1.200 millones viven en situación de suma pobreza, con menos de un dólar al día; la proporción de los extremadamente pobres era, en 1999, de más del 40% en el sur de Asia (India, Paquistán, Bangladesh, Nepal, Sri Lanka) y del 77% en Perú. Y aun así se trata en este caso de los sumamente pobres... pues a éstos habría que agregarles los pobres «simples», que sólo a duras penas pueden superar el nivel de supervivencia.

Corolario sorprendente: en países considerados subdesarrollados, algunos defensores del trabajo infantil pretenden que el susodicho trabajo es un dato histórico que, en consecuencia, no se debería volver a poner en cuestión. Se apoyan a la vez en los datos que acabamos de recordar, convencidos de que la vía hacia el progreso es única, pero también en datos que pretenden ser históricos y locales. Así, en el caso de los incas o de los aztecas, afirma Gianni Schibotto (*Unsichtbare Kindheit*, publicado por las Ediciones para la Comunicación Intercultural [!]), «la presencia de los niños en el trabajo aparece como una constante histórica». ¡O el arte de hacerle

decir a la Historia cualquier cosa! Pues es necesario distinguir varias cosas para saber de qué hablamos. En primer lugar, ni la sociedad azteca ni la sociedad inca pueden ser tomadas como ejemplos de sociedades en las que los individuos —ya fueran adultos o niños— eran libres; se trata, por el contrario, de civilizaciones que Karl Wittfogel, defensor del *american way of life* en tanto que tal, calificaba en un célebre estudio de «despotismos orientales», con lo que está todo dicho (*El Despotismo oriental, estudio comparativo del poder total*, 1957).

Las incas o las aztecas eran sociedades de Estado teocrático centralizado, donde la actividad social estaba dirigida enteramente a la gloria del emperador divinizado. Los niños no podían desempeñar, por lo tanto, más que el papel dictado por el déspota. Después de la conquista de América por los españoles, el sistema de las *encomiendas* —tierras concedidas a los conquistadores, en las que éstos se comportaron como verdaderos tiranos— reducía a los indígenas supervivientes a la miseria. Además, que los niños fueran puestos a trabajar en Latinoamérica bajo la dominación inca o azteca, y después bajo la española, no tiene nada de extraño; ello no corresponde a una tradición primitiva inmemorial, sino que es más bien el resultado del sometimiento a la servidumbre de pueblos antes libres. En efecto, en las otras partes de este continente, aquellas que tuvieron la suerte de escapar a esos tres funestos imperios (que a grandes rasgos son América al norte de México y las regiones centrales de Brasil), se hallaban sociedades «primitivas» en las que el «trabajo» de los niños era una actividad de simple reproducción: todo el producto de la caza o de la recolección era íntegramente consumido por el clan o la tribu, y este tipo de actividad infantil no puede ser asimilado en ningún caso al trabajo asalariado. Los niños jugaban mucho, como hemos visto, y los adultos jugaban con ellos, en una relación completamente diferente de la que conocieron las sociedades dominadas por el fanatismo de los esclavistas incas, aztecas o españoles.

Muchos analistas del trabajo infantil hablan de «explotación», dejando entender que algunos trabajos asalariados no tienen nada que ver con la explotación. Seamos más precisos, para que pueda nacer y avanzar el debate: hay explotación económica a partir del momento en el que alguien se apropia de una parte del trabajo de otro —es el principio del capitalismo, que está fundado sobre la plusvalía que el empleador retira, en su provecho, del trabajo del obrero—. Algunos analistas no se valen de este sentido, que es el que Marx ha propuesto, para volver a nociones más vagas; así, el sociólogo Manfred Liebel escribe: «¡Sí al trabajo, no a la explotación!» Esto no tiene ningún sentido desde el punto de vista marxista, pero menos aún desde un punto de vista que se quiere favorable al trabajo infantil. En efecto, de manera trivial se podría definir la explotación como un grado particularmente odioso de la utilización del niño por parte del empleador. El trabajo sería un contrato correcto entre el patrón y el niño, y la explotación un abuso de poder económico. Ahora bien, el niño en el trabajo está casi siempre sometido a la «explotación» en el sentido banal del término; y no puede ser de otro modo, ya que es precisamente porque acepta ser subpagado, y realizar las tareas que los adultos no quieren, por lo que aquél encuentra trabajo.

¿Podría ser de otro modo? ¿Cómo se puede creer que los niños puedan recibir el mismo salario que los adultos cuando la principal justificación de los empleadores que utilizan la mano de obra infantil es su menor coste? El «¡Sí al trabajo, no a la explotación!» es uno de los argumentos más manipuladores de los partidarios de una mejor legislación del trabajo infantil. Cultivar la ilusión de que la ley podría imponer un salario elevado para los niños es pretender que creamos que los países en los que los niños trabajan tienen, en el estado actual de la economía, los medios de imponer este género de decisiones. Es desconocer los mecanismos del paro, y del paro masivo en particular: esto es, que la contratación se hace en las peores condiciones; los salarios son los más bajos posibles; las garantías sobre la larga duración del contrato son nulas. En los

periodos de paro, la «explotación» en el sentido banal del término está en su apogeo. ¡Esta es la realidad contemporánea!

La evolución del Derecho

En Francia no fue hasta 1841 que la legislación distinguió, por lo que hace a la duración de la jornada de trabajo, al niño del adolescente y del adulto; la ley prohibió entonces la contratación antes de los ocho años y el trabajo de noche antes de los trece. No obstante, la ley que permitió acabar de una vez con el trabajo infantil fue la que, a principios de los años ochenta del siglo XIX, estableció la gratuidad y obligatoriedad de la enseñanza primaria.

En Gran Bretaña, en 1833, la *Factory Act* prohibió, aunque en la industria textil únicamente, el trabajo infantil por debajo de los nueve años y limitó la duración semanal del trabajo a cuarenta y ocho horas hasta los trece años; en 1844, una nueva ley adicional a la *Factory Act* autorizó, en el conjunto de las fábricas, el trabajo infantil de ocho a trece años durante seis horas y media por día.

En todos los casos, los patronos se las ingeniaron para soslayar estas leyes, mintiendo sobre la edad de los niños o partiendo sus jornadas de trabajo en franjas, lo que permitía someterlos más y mejor al ritmo de las máquinas y del trabajo de los adultos. Del estudio del trabajo en este periodo no tan lejano, Marx extraía el siguiente principio: «Cuanta menos habilidad y fuerza exige el trabajo, dicho de otro modo, cuanto más se desarrolla la industria moderna, más cede el trabajo de los hombres el sitio al de los jóvenes y niños». Es por ello que, en el *Manifiesto comunista*, Marx y Engels reclaman la abolición del trabajo infantil, con, no obstante, la siguiente reserva: «abolición del trabajo infantil en las fábricas *tal y como existe hoy*; educación combinada con la producción material, etc., etc.» (somos nosotros quienes subrayamos; los «etc.» son de Marx y Engels). En este texto fundamental del movimiento obrero, al que los revolucionarios

se refieren constantemente, encontramos pues una restricción de suma importancia: la forma extrema que había revestido el trabajo infantil en Europa hacia 1850 es claramente criticada, pero no el trabajo infantil en sí, ya que Marx y Engels proponen incluso combinar la educación con la producción material! Es decir, son precursores de nuestros gestores actuales, que preconizan una imbricación cada vez más estrecha entre la escuela y el mundo del trabajo; como si el papel de la escuela no fuera hacer descubrir, precisamente, otra cosa que el mundo del trabajo!

Remitirse al Derecho, que es una herramienta de los poderosos, es tomar lo contrario de la Historia, lo que en sí es muy gracioso ya que, hasta ahora, la Historia ha producido sobre todo explotación, alienación, miseria y muerte. ¿Pero acaso los partidarios del Derecho no se ríen de nosotros?: ¿podemos creerles cuando afirman que es mediante el Derecho que el trabajo infantil desaparecerá, mientras que cada día su sacrosanto Derecho es burlado en los mismos países que lo han inventado, Francia, Alemania y los Estados Unidos a la cabeza? Por supuesto, algunos creen en el fin de la Historia y en el triunfo del Derecho, pero cada día que pasa nos trae su lote de desmentidos a veces trágicos. ¡La Historia se ha tomado desde ya mismo su revancha y el Derecho ha sido derrotado! Y a la inversa, no podemos creer a los defensores del trabajo infantil que falsifican la Historia para convencernos arteramente de que todo esto es algo eterno...

En cuanto a la UNICEF, sometiendo al niño a una urdimbre jurídica que se supone que lo protege, le aplica categorías «adultas» y, principalmente, las del Derecho, lo que, de nuevo, lleva a introducir muy pronto al niño en el mundo adulto, a someterlo, a alienarlo. Así, toda crítica de las posiciones tanto de la UNICEF como de los defensores del trabajo infantil conlleva una necesaria crítica de la sociedad actual, en la que quien tiene el poder es el capitalista con relación al trabajador, el hombre con relación a la mujer y el adulto con relación al niño.

Desde luego, más vale la Convención relativa a los Derechos de la Infancia que la legalización de su trabajo forzado. Sin embargo, esta famosa declaración —que debe molestar a algunos Gobiernos, de eso podemos estar seguros— se queda en una verdadera obra maestra de la hipocresía. La mayoría de los artículos —2 a 6, 14, 17 a 20, 22, 24, 34, 35, 38...— imponen al Estado el deber de ocuparse del niño, especialmente si «sus padres o las otras personas responsables de él son incapaces de ello». Ahora bien, esto es, sin lugar a dudas, lo que pasa en la totalidad de los casos de niños trabajadores, sin que el Estado pueda —ni a veces quiera— asumir en absoluto sus deberes tal y como los define la Convención. Dicho de otro modo, nos desembarzamos de un problema confiándolo a un actor eminente, por supuesto, pero del que cada cual mide hoy en día su fracaso en el plano social, de los Estados Unidos a la India, pasando por México, Perú o Rumanía, Rusia... Tan sólo algunos países de Europa occidental, a los que conviene añadir Cuba, siguen considerando que el Estado pueda jugar algún papel. ¿Pero por cuánto tiempo?

Otras hipocresías de la Convención: proclamar derechos del niño (libertad de pensamiento, de opinión, de asociación...) que son, de hecho, libertades tradicionalmente adultas. No es la religión, ni la política, ni tal o cual asociación lo que interesa a un chiquillo de diez años, sino jugar, amar, vivir. También podemos proclamar siempre estas libertades; pero esto no sería más que una manifestación —atrevámonos a decirlo— del más puro y simple espectáculo.

Con todo, algunas acciones de las Naciones Unidas nos parecen positivas. El Programa Internacional para la Erradicación del Trabajo Infantil (IPEC, según sus siglas anglosajonas) anima evidentemente iniciativas muy útiles. Así, en América central fondos del IPEC han sido concedidos a diversos proyectos que no habían recibido ningún apoyo de los Estados centroamericanos; lo que ilustra al mismo tiempo la inconsecuencia de la Convención de los Derechos del niño al querer hacer del Estado un actor central del cambio.

MANIPULACIONES, MITOS Y MENTIRAS

Desde hace algunos años se habla del trabajo infantil en los medios de comunicación y las instituciones internacionales, aunque la mano de obra infantil sólo constituye una pequeña parte del conjunto de la mano de obra mundial. El debate, lejos de aclarar algo las cosas, no ha conducido más que a una confusión aún mayor, en un mundo que nada desde hace mucho tiempo en la incertidumbre, la incoherencia y la necesidad. Ya sea que se quiera prohibir el trabajo infantil o imponer legislaciones más favorables, los presupuestos nunca son explícitos: en este debate, que se reduce casi siempre a cifras —esto es, a estadísticas demográficas y proyecciones económicas—, los fundamentos se han descuidado y se edifica sobre arena.

En estas condiciones, hablar del trabajo infantil no representa ningún peligro para nuestros amos: el debate se queda en la superficie y no resquebraja nunca el orden social que tolera el trabajo infantil. Todo gira en torno a una única alternativa: prohibición o legalización. La discusión permanece así circunscrita al dominio del Derecho, que parece ser el único portador de soluciones, como si el Derecho fuera la última defensa frente al Moloch de los tiempos modernos, la Economía. Optar entre legalización o prohibición es, sin embargo, una no-elección; una pseudoelección que equivale a que aceptemos confiar el destino de doscientos cincuenta millones de niños a esa construcción intelectual y social que hasta hoy ha servido esencialmente a los amos del mundo. Ahora bien, la elección fundamental está entre la adoración de la Economía —y la aceptación de sus leyes «naturales» que no utilizan el Derecho más que como un manto que sirve para ocultar la miseria— o el rechazo de la sumisión del género humano a la racionalidad destructiva de la Economía.

Debatir sobre el trabajo infantil no es, por lo tanto, imposible. Solamente, es importante mostrar que ciertas ideas preconcebidas, que se supone que corresponden al más evidente buen juicio, son con frecuencia erróneas o insuficientes. Veamos, pues, las aserciones que se encuentran más a menudo en las discusiones, artículos, emisiones de televisión, etc., a propósito de los niños trabajadores.

1. La pobreza es la principal causa del trabajo infantil en el mundo.

Desconfiemos de las palabras, que casi siempre sirven para disimular la realidad... Así, deberíamos comenzar hablando de «miseria» antes que de pobreza; la pobreza, según numerosas creencias, es una virtud; éste sería el caso, por ejemplo, de las órdenes mendicantes católicas, de los monjes errantes del budismo o de los sadhus, esos ascetas a los que los hinduistas muestran el mayor respeto. Por lo que hace al trabajo infantil, es ante todo de miseria de lo que deberíamos hablar, es decir, de una supervivencia muy por debajo del mínimo vital, que las estadísticas miden en Latinoamérica a través de la *canasta básica* que cada ama de casa debería poder llenar cada día. Con los niños en el trabajo, estamos ante familias que están lejos de alcanzar la *canasta básica*, que viven en condiciones, tanto físicas como sociales y humanas, espantosas: subalimentación, acceso al agua corriente muy difícil e incluso inexistente, falta absoluta de higiene y de lugar de escolarización...

Si bien es innegable que los niños que trabajan proceden todos de familias menesterosas, es necesario, no obstante, insistir en el siguiente corolario: el trabajo infantil *perpetúa* la miseria. Ésta es tanto la *consecuencia* como una de sus *causas*. En efecto, los niños trabajadores realizan tareas descualificadas que no les abren ninguna perspectiva de «progreso» en el seno de la empresa; su salud está tan gravemente amenazada por sus condiciones de trabajo que compromete su

desarrollo físico e intelectual; el trabajo precoz les impide el acceso a la educación; y, en fin, los niños trabajadores son la mayoría de las veces analfabetos, lo que es una causa mayor de miseria en un mundo en el que se impone exclusivamente la civilización de lo escrito.

La miseria absoluta sobreviene a menudo en una familia pobre a través de un acontecimiento con consecuencias dramáticas para el niño, como pueda ser la desaparición de uno de sus padres o incluso de los dos. Así, el 23% de los niños trabajadores de la región de Madras proceden de familias en las que el cabeza de familia ha fallecido; el 15% de los niños sobre los que se ha realizado una encuesta en el Rajasthan son huérfanos; y las cifras son similares para los niños trabajadores de Quetzaltenango (Guatemala): el 11% son huérfanos de padre o madre; el 11% son huérfanos de padre y de madre —y hagamos notar que, aunque en Guatemala la tasa de huérfanos ha sido muy elevada debido de la represión sufrida por la guerrilla en manos de los militares en los años 1960-1980, se trata de cifras recientes (1997) que atañen, por tanto, a niños nacidos después del periodo de intensa guerra civil—.

Sin duda alguna, vinculado a la miseria —pero siendo una causa más que una consecuencia de ella—, el paro de los padres conlleva el trabajo de sus hijos. Lo que es totalmente paradójico desde el punto de vista humano; pero lógico desde el punto de vista del Capital, pues si la economía no es floreciente, los que tienen más posibilidades de encontrar trabajo son aquellos que pedirán los salarios más bajos, que en este caso son los niños. Una encuesta llevada a cabo en la India indica que el 78% de los niños llegados de Bihar, una región muy pobre, para trabajar en el Pundjab, proceden de familias en las que los padres no tienen ningún trabajo. Algunos estudios señalan una relación particular entre paro y trabajo infantil, que es una de las consecuencias de una «ayuda al desarrollo» orientada a la exportación: en la India, el auge de ciertas industrias de exportación ha acarreado, en efecto, un reclutamiento de mano de obra al más bajo precio, con el

fin de sacar provecho de una corriente positiva lo más rápido y en las mejores condiciones posibles; y es a los niños a los que se ha acudido.

La pobreza en el mundo es considerada, la mayoría de las veces, bajo el ángulo de la inmediatez. Así, de vez en cuando, se nos recuerda, por ejemplo, que 2.200 millones de individuos viven con menos de dos dólares al día. ¿Pero quién se acuerda de la cifra correspondiente al año anterior? Más allá de la constatación de la amplitud de la miseria, es la tendencia lo que es fundamental, pudiéndose comprobar un «resurgimiento de la pobreza», como afirma el *Informe anual del Banco Mundial* publicado en marzo de 2000. Esta tendencia que se nos oculta con sumo cuidado lo es a la pauperización, al crecimiento del abismo entre países ricos y pobres; y no —como lo cree la casi totalidad de nuestros conciudadanos— a una recuperación por parte de los países pobres de su retraso con respecto a los países ricos, lo que los economistas llaman «la convergencia».

Veamos lo que escribe sobre este tema, en 1996, Lant Pritchett, economista principal en la División de Pobreza y Recursos Humanos del Departamento de Investigación sobre Políticas de Desarrollo del Banco Mundial, en la revista *Finances et développement*, editada conjuntamente por el Fondo Monetario Internacional y el Banco Mundial: «Buscar las pruebas de una convergencia de las economías nacionales está de moda. Sin embargo, lejos de colmarse, el abismo entre países ricos y países pobres se ha ensanchado mucho y debería agrandarse aún más. La convergencia —o sea, la tendencia de los países pobres a crecer más rápidamente que los ricos y a alcanzar su nivel de renta— ha sido objeto de múltiples estudios estos últimos años. Como la “globalización” y la “competitividad”, está en el centro de los debates públicos sobre las políticas y las perspectivas económicas de los países en vías de desarrollo. ¡Pues bien, olvidadla! Es la divergencia lo que caracteriza la historia económica moderna, una divergencia profunda de las rentas por habitante entre países pobres y países ricos que se agrava todavía hoy. Y si el porve-

nir no se desvía claramente del pasado reciente, este abismo está destinado a agrandarse...». Vemos, pues, en unos términos que no dejan lugar a ninguna ambigüedad, y por un especialista que no puede ser tachado de incompetente o de parcialidad, la cruda realidad: el foso entre ricos y pobres continuará aumentando, lo que significa que la división del mundo entre aquéllos y éstos continuará generando ricos aún más ricos y pobres aún más numerosos. Y el autor indica incluso que «en los países industrializados en particular, se cuiden ante todo de protegerse [¡sic!] contra la “convergencia” de los países pobres». ¡El colmo!

En su artículo, que por supuesto está perfectamente documentado, el autor se extiende en los escasos contraejemplos, porque haberlos haylos: en 1996, estos contraejemplos estaban casi todos extraídos de Asia. Sabemos que desde la crisis asiática, a la que la misma revista ha dedicado un número especial, se ha arruinado ampliamente la «esperanza» que algunos mantenían a propósito de los «países recientemente desarrollados» o «dragones» del sudeste asiático...

Comprendemos, desde entonces, que el análisis de la miseria, y de las relaciones del trabajo infantil con la pobreza, es de lo más importante. No hay que esperar que los países pobres alcancen a los ricos, ni de que lo hagan siquiera de una manera relativa. Por consiguiente, *no deberíamos fundar una estrategia de lucha contra el trabajo infantil sobre la creencia, absolutamente errónea, de que dentro de poco los países pobres serán menos pobres.*

Sin embargo, lo que se nos presenta como un círculo vicioso, miseria-trabajo infantil, puede romperse, según parece, por un determinado lugar, ya que si hay niños que trabajan es porque hay patrones que los emplean. Ahora bien, un patrón busca siempre el máximo beneficio, so pena de desaparecer. Pero, y si, por fin, estuviera realmente prohibido emplear niños, ¿que harían entonces los patronos? ¿Cesarían su actividad por eso? No, pues al modificarse las reglas de la competencia al mismo tiempo para todos, emplearían adultos. De

ahí la lógica de los partidarios de una solución legal, que piden la prohibición por ley del trabajo infantil.

El razonamiento tiene para ellos la fuerza de la simplicidad, cuando no de la evidencia. Desde un punto de vista económico, si los niños son empleados en lugar de los adultos, es porque cuestan más barato; sin embargo, si, de repente, se impone emplear adultos, ello no conducirá, *en la situación de crisis actual*, más que a reemplazar a los hombres por máquinas más productivas. (La mecanización evidentemente no es posible en todos los casos, pero es aquí una tendencia que queremos señalar.) Las familias pobres serán entonces más menesterosas, y los niños se verán conducidos a continuar buscando dinero por todos los medios (robo, mendicidad o prostitución). Lo que es todavía peor. Los mismos niños son conscientes de esta alternativa: cuando se les pregunta «¿queréis trabajar?», responden que sí —como veremos más adelante—, lo que significa: «preferimos trabajar antes que robar, mendigar o prostituirnos».

Habría que insistir en el carácter escasamente realista de la imposición legal de una prohibición generalizada del trabajo infantil, la cual se desarrolla en países en los que, precisamente, la intervención del Estado está cuestionada (por ineficacia o ausencia de estructuras sociales y socioeducativas, corrupción de la justicia y de la policía,...). Cualquiera que sea la solución que se esboce de ahora en adelante, se tendrán que constituir en paralelo cadenas de ayuda mutua, donde la producción y el consumo ya no estén regidos por el beneficio de los patrones y de los intermediarios. Volveremos sobre esto en las conclusiones.

2. El trabajo infantil es necesario para la supervivencia de la familia.

Sin el trabajo infantil, numerosas familias no sobrevivirían en la situación actual. ¿Qué harían entonces? La cuestión no se plantea nunca... ¿Asistirían impertérritas a su muerte? ¿Se

rebelarían e irían a unirse a las filas de movimientos extremistas? Éste es, en todo caso, el fantasma que se blande a propósito de la India con el maremoto de los «hinduistas integristas». ¿No se toca con eso un punto sensible de la hipocresía de los Gobiernos, lo que podríamos denominar su gestión social de la miseria, que equivale a conceder justo lo que es estrictamente necesario para evitar la rebelión? La desesperanza es una forma de política; en general, la desesperanza es el humus de la dictadura, de Stalin a Hitler, y por tanto de la negación de lo humano.

Cualquiera que éste sea, y siempre en la situación actual, el trabajo infantil contribuye tanto a la supervivencia de la propia familia como al deterioro de la situación de los adultos trabajadores mediante la caída de su salario, que tiende a acercarse al miserable salario de sus propios hijos.

La economía crea la miseria al organizar la escasez en provecho de unos pocos. Es esto lo que nos enseña la historia, y no lo contrario como predicán los neoliberales y los marxistas. Lo han mostrado autores tan diversos como puedan ser Pierre Clastres (prefacio en *Âge de pierre, âge d'abondance*) o Jean-Pierre Voyer (*Une enquête sur la nature et les causes de la misère des gens*). Hoy en día, lo que es escaso es, en primer lugar, el trabajo que ofrecen los patrones; éstos tienen globalmente interés en necesitar pocos trabajadores: cuanto menos trabajo ofrecen, más pueden bajar los salarios, de tal modo que los trabajadores excedentes se pelearán por venderse, por vender su fuerza de trabajo. No ampliaremos aquí este análisis, simplemente queremos constatar que la miseria persiste, incluso si en una misma familia padres e hijos están trabajando. La miseria es el resultado de una serie de factores, entre los cuales están la política de precios, las disparidades de renta, el acceso al agua —mayor problema de las ciudades del Tercer Mundo— y, por supuesto, a la comida.

La lección que hay que sacar de todo esto es que no podemos contemplar el trabajo infantil desde un punto de vista superficial, el de la Economía, sin vernos atrapados en un

laberinto de causas y de consecuencias; en un momento dado es preciso cortar, y no es el carácter pretendidamente objetivo de la Economía el que permite hacerlo. Hay que saber decir: «No, el beneficio no puede ser el motor de la sociedad», lo que equivale a decir que la Economía no debería, nunca, dominar la sociedad.

3. Son los propios niños los que quieren trabajar.

Éste es uno de los argumentos fundamentales de los defensores del trabajo infantil. Según Manfred Liebel, un alemán «especialista en organización de la infancia»(!): «Prohibirnos el trabajo es no pensar en nosotros», esto es lo que piensan los niños que trabajan» (revista *Envío*, Nicaragua, mayo de 1998). Tomemos el caso de Alemania en agosto de 1934: hacía ya un año y medio que Hitler estaba en el poder, los primeros campos de concentración habían sido creados en marzo de 1933, los partidos políticos estaban prohibidos, los judíos iban a ser perseguidos de aquí en adelante, así como los comunistas y los revolucionarios, pero en el plebiscito que sigue a la muerte de Hindenburg íes el 89% de los alemanes, o sea nueve de cada diez, los que confían plenos poderes a Hitler!

¿Hitler era bueno para los alemanes y para el mundo?

Por consiguiente, ¿qué sentido tiene alegar que los niños menesterosos dicen que quieren trabajar? ¿Qué otra elección tienen que robar, mendigar, prostituirse o trabajar? El trabajo es, desde luego, la menos mala de las soluciones; y es importante decir que no nos oponemos, en absoluto, a los niños que trabajan, sino que lo hacemos a la sociedad de los adultos que los obliga a trabajar para sobrevivir, ique es algo muy diferente!

Es necesario insistir en esta manipulación. Cuando se pregunta a los niños trabajadores: «¿Queréis trabajar?», responden sí, claro que sí. Para ellos, el trabajo, incluso el difícil, representa siempre una fuente de ingresos, aunque sean escasos, y no pueden imaginar otra cosa que una vida de tra-

bajo, a menos de caer en la delincuencia o la mendicidad. Pero si se les plantea la pregunta de otro modo: «¿Si pudierais ir a la escuela, lo haríais?», es el 79,56% de los niños los que responden «sí» en una encuesta realizada en 1998 en Quetzaltenango, una ciudad grande de Guatemala. Como puede verse, el tipo de respuesta está ampliamente condicionada por la orientación de la pregunta. Por lo tanto, deberíamos tener al menos la honestidad de reconocer que la manipulación puede ir en todos los sentidos...

También debemos ser sumamente prudentes en la interpretación de las encuestas realizadas acá y allá sobre los niños trabajadores. En una sociedad en la que el poder descansa a la vez en la explotación y la alienación de los individuos, no tiene apenas sentido pedirles su opinión a individuos alienados. Los niños trabajadores son como el prisionero que no conoce el mundo más que desde la caverna en la que está encerrado; y al que, por tanto, el juego de las sombras le parece la única realidad. E incluso lo que es peor: cuando este juego de sombras se paraliza, petrificado por la dictadura absoluta, como en el caso de Alemania a partir de 1933, los miembros del cuerpo social parecen contentarse también con el orden totalitario existente, que machaca ya a sus allegados y dentro de poco los machacará a ellos mismos. No podemos tratar exhaustivamente aquí esta terrible problemática, y remitimos a aquellos que defienden el trabajo infantil utilizando este tipo de argumentos a Marcuse y, especialmente, a *Eros y civilización* y a *El hombre unidimensional*.

4. El trabajo infantil es necesario para la industria; y, según esto, la industria favorece el progreso social y el pleno desarrollo de los seres humanos.

El trabajo infantil, nos dicen, es necesario para la industria, puesto que las reglas de la competencia económica mundial implican encontrar siempre los más bajos costes de produc-

ción; ahora bien, los niños son peor pagados que los adultos. Sin embargo, se estima que el sobrecoste que causaría la sustitución de los niños trabajadores por adultos iría del 4 al 7% según las industrias (como pone de manifiesto un estudio realizado a gran escala en la India).

Siempre podremos refutar los datos estadísticos: si es fácil, en efecto, medir el sobrecoste que supondría la sustitución del trabajo infantil por trabajo adulto, es mucho más difícil evaluar el impacto que tendría sobre el beneficio, ya que esto supone no sólo tener en cuenta las repercusiones en las empresas competidoras, sino también en aquellas que están por encima o por debajo... Pero es a otra reflexión a la que quiero convidar al lector: ¿el desarrollismo, como se le llamaba en los años sesenta-ochenta, es una solución? El desarrollismo es esa fe que subsiste aquí y allá que alaba las virtudes del modelo de desarrollo occidental; modelo que se basa en el crecimiento de la industria y la mecanización de la agricultura. Según éste, todos los países del mundo conocerían *grosso modo* un tipo de desarrollo similar: en definitiva, la India y el África del siglo XXI no serían más que meros reflejos de la Europa de principios del siglo XIX, y, con el tiempo, acabarían por alcanzar el nivel de desarrollo que nosotros conocemos aquí.

Sin embargo, no podemos comparar el desarrollo de Europa en el siglo XIX con aquel al que se han lanzado los países dominados después de la descolonización, porque el desarrollo de Europa hace ciento cincuenta años se apoyaba fundamentalmente en sus colonias expoliadas, saqueadas, reducidas a la esclavitud. Hoy, Occidente debería volver a ponerse en tela de juicio en tanto que modelo. Casi doscientos años después del inicio de la Revolución industrial, nos limitaremos a recordar que el estado del mundo, incluso si no consideramos más que a Occidente, no es tan brillante como el desarrollismo pretende...

Otros afirman que los niños poseen caracteres físicos que los hacen indispensables para ciertas industrias. La leyenda

de los pequeños dedos necesarios para tejer alfombras ha sido propagada para justificar la contratación de niños a los que se les imponen condiciones de trabajo infrahumanas. La mejor prueba de que los niños pueden ser reemplazados, incluso en la industria de la alfombra, es que existen alfombras fabricadas sin intervención de éstos. Así, la etiqueta Rugmark se coloca en aquellas alfombras de la India y del Nepal que están fabricadas sin trabajo infantil: de este modo, el importador de alfombras que se beneficia de la citada etiqueta ve aumentado el precio del producto en un 1%, las sumas recogidas son destinadas a la financiación de la asociación, y los niños así liberados son tomados a su cargo y especialmente orientados hacia la escuela. En enero de 1999, 1.395.334 alfombras de la India y 94.059 alfombras del Nepal habían recibido la etiqueta Rugmark, y las sumas recogidas permitieron retirar de las fábricas a 1.257 pequeños indios y a 311 pequeños nepaleses, dirigiéndolos bien a escuelas (India), bien hacia centros de rehabilitación (Nepal). No menos de diecisiete inspectores en la India y cuatro en el Nepal controlaban el buen funcionamiento del sistema Rugmark (ningún importador de alfombras francés tiene licencia Rugmark, frente a treinta y dos en Alemania, y uno en cada uno de los países siguientes: Países Bajos, Suiza, Bélgica, Luxemburgo y Canadá). En cuanto a los balones de Paquistán, podrían ser asimismo fabricados por adultos, como los libros recortados en Colombia, y así sucesivamente. De este modo, la industria tiene siempre una solución de reemplazo: ya sean las mujeres o las máquinas o los hombres.

En cuanto al trabajo en la fábrica, considerado como una perspectiva de realización personal, no aporta nada a los niños: el aprendizaje en ella es nulo, los movimientos son repetitivos y las condiciones de trabajo son propicias para el desarrollo de graves enfermedades.

5. El trabajo infantil es necesario para el artesanado.

Veamos otra leyenda con, sin embargo, una diferencia respecto al trabajo en la fábrica: algunos niños que trabajan para artesanos pueden aprender un oficio real. Mas, para ello, es necesario que el empleador conserve a los niños que trabajan para él una vez acabado el periodo de aprendizaje, pues la tentación de formar un nuevo aprendiz con menores gastos es a veces grande, incluso mucho mayor que la de conservar a la persona precedentemente formada. En todo caso, el trabajo infantil no es indispensable para el artesanado, aun cuando con un aprendizaje real, y siempre que el empleador se comprometiese a conservar al niño que se ha convertido en adulto, este trabajo podría ser positivo.

6. Los niños trabajan mejor y más deprisa que los adultos en algunas tareas.

Este género de argumento es el colmo en la era de la tecnología. La fuerza física de los niños es siempre menor que la de los adultos y, si es de su pequeñez de donde les vienen sus pretendidas ventajas, podemos advertir, caso por caso, que sería suficiente con máquinas adecuadas o con herramientas diferentes, o incluso mejor dispuestas, para que las soluciones se manifestasen como deberían ser. Cuando se evoca este tipo de argumentos, se piensa en los chiquillos que, en el siglo XIX, corrían bajo los bastidores de tejer para volver a atar los hilos que se habían roto; habría bastado con que los bastidores de tejer hubieran estado dispuestos en alto o que se hubiera dejado bajo las máquinas un espacio suficiente para que un adulto pudiera deslizarse. En cuanto a los niños que hoy en día tejen alfombras a mano —que representan el 75% de los trabajadores de esta industria en la India—, se sabe perfectamente que pueden ser reemplazados por mujeres. La cuestión no es saber si los niños son los únicos que

están cualificados; sino, más bien, saber si las mujeres aceptarían trabajar por el mismo salario que ellos. Como podemos ver, es en última instancia la remuneración que ofrecen los patrones la que es inadecuada!

7. El trabajo infantil no es peligroso para ellos.

Numerosos estudios enumeran detalladamente la lista de las enfermedades a las que están expuestos los niños trabajadores, según las ramas industriales o agrícolas, y sus problemas psicológicos. Estos estudios muestran que la subnutrición, asociada al trabajo manual intenso, afecta al crecimiento de los niños. Además, la fatiga debilita sus defensas contra las enfermedades contagiosas, más aún cuando los niños son muy a menudo destinados a las tareas más sucias y están en contacto con productos tóxicos (lo que ocurre en las industrias y también en las plantaciones).

8. Los padres pobres no quieren enviar a sus hijos a la escuela; prefieren que trabajen para que aporten dinero a casa.

Los estudios llevados a cabo sobre este tema son bastante numerosos. Se constata que los padres enviarían a sus hijos de muy buena gana a la escuela si fuera gratuita y eficaz. En esta ocasión, «eficaz» significa una escuela adecuada a la vida social que los padres conocen. Una escuela que no los aleje de ellos, que no los convierta en extraños, como es el caso para un joven de los arrabales con relación a sus padres que permanecen en el campo, perpetuando un modo de vida ancestral. Una escuela que permita a los niños aprender a solventar sus problemas, y que no los obligue a engullir conocimientos que parecen completamente inútiles. Para los padres pobres, la cuestión de la calidad de la escuela tiene siempre prioridad; incluso en los *slums* de la India, el porcentaje de padres que se declaran dispuestos a enviar a sus hijos a la escuela es rela-

tivamente elevado; y lo sería aún más, si los programas escolares se mostraran mucho más adaptados.

En Nicaragua, la experiencia de la escuela Robisel Martínez Huelva, en El Viejo, que escolariza a más de trescientos alumnos en los seis niveles de primaria, muestra que los padres están dispuestos a enviar a sus hijos a la escuela e incluso a aportar su ayuda si es necesaria —como en este caso en que ha sido preciso construir la escuela, por ejemplo—, sobre todo si son alimentados y cuidados, pues, en principio, los padres no los envían al trabajo más que para asegurarles ese mínimo vital: alimento y cuidados tan necesarios. La escuela tiene el deber, según ellos, de alimentar y cuidar a los niños; y es solamente a partir de ese momento que aceptan enviarlos. La adquisición de conocimientos, desde su propia óptica, no viene más que en tercera posición. Así, incluso si los estudios estadísticos establecen una relación muy clara entre trabajo infantil, pobreza y analfabetismo, la escolarización en tanto que aprendizaje del programa escolar no es en sí un remedio, como veremos más adelante (afirmación 15).

Las familias que viven en la miseria no tienen, por desgracia, más que una sola experiencia social estimulante: la de la supervivencia. Su posición en relación con la escuela está determinada por esta óptica. Si deseamos que la escuela se convierta en una perspectiva real para librarse de la miseria, es necesario, de entrada, tomar en consideración el modo de atracción de los niños trabajadores hacia esta forma de aprendizaje de la vida. La alimentación y los cuidados gratuitos, proporcionados por las escuelas, son la mejor manera de atraer a los niños menesterosos; es lo que muestran todas las experiencias en cualquier país del que se trate. Por otra parte, incluso en un país como Francia, en el que encontramos cada vez más problemas de malnutrición, los maestros reconocen que el almuerzo gratuito en las escuelas maternas contribuye a centrar la atención de los pequeños. Podemos imaginar entonces lo que ocurriría con la atención de un

chiquillo que no come más que una vez al día, y nunca cuando tiene hambre...

Desde luego, esta perspectiva es algo embarazosa para aquellos que profesan grandes ideas procedentes de la Ilustración, para quienes el saber está por encima de todo, etc. De pronto, la escuela es rebajada al rango de un comedor y de un centro de cuidados gratuito, en el que, de modo adicional, se puede aprender alguna cosa que quizás será útil. La incapacidad de los ideólogos de transformar el mundo según su voluntad, incluso cuando están animados por los mejores sentimientos, nos parece sin embargo una prueba de vigor de los individuos y de las colectividades humanas, que desconfían de los programas idílicos que venimos elaborando desde hace algunos siglos...

9. El trabajo constituye para los niños pobres una forma de aprendizaje.

Ésta es una afirmación absolutamente falsa en la mayoría de los casos: en la industria y en las plantaciones los niños no aprenden más que movimientos elementales sin necesidad de ninguna enseñanza particular. Por otra parte, cuando los niños son demasiado grandes y pueden reivindicar un salario mejor, se apresuran en general a despedirlos para reemplazarlos por otros niños.

En cuanto a los trabajos artesanales o agrícolas, un aprendizaje real puede tener lugar, pero no parece ser éste un caso muy frecuente cuando el niño trabaja por un salario; es decir, en definitiva, cuando trabaja para un patrón ajeno a su familia.

Los dos terceras partes de las niñas y la mitad de los chicos, según un estudio realizado en la India en 1986, declaran que sus empleadores son «desagradables» (*unkind*) con ellos. No solamente no les enseñan nada, sino que el niño no es para ellos más que un objeto de provecho, incluso un objeto a secas, sobre el cual liberan sus deseos. La miseria humana alcanza en este punto los peores extremos, yendo

desde la violación, desde la tortura pura y simple, hasta el asesinato (como en los casos denunciados en los años ochenta de niños que, mientras trabajan en plantaciones de algodón en Guatemala, fueron «gaseados» al ser fumigados).

10. El trabajo constituye para los niños pobre suna forma de inserción social. Si no pueden trabajar, caen en la delincuencia o la prostitución.

En este argumento de choque el trabajo es presentado como la principal forma de inserción en la sociedad. Y con razón: una sociedad que erige el dinero como criterio de éxito sólo puede ensalzar los medios legales para ganarlo. Ahí donde la manipulación se vuelve embarazosa es cuando se plantea la ecuación de modo diferente: ¿la escuela, el juego, la infancia feliz son mejores medios de entrar en la vida social que el trabajo subpagado? Ya que ésta es la verdadera alternativa. El robo, la mendicidad, la prostitución son puestos aparte para valorizar, por contraste, el trabajo infantil, según la lógica de «lo mejor es lo menos malo», que evita buscar las verdaderas alternativas y las buenas soluciones. Es el riesgo que nos hace correr la campaña de la OIT para la abolición de las formas más intolerables del trabajo infantil: una vez que lo intolerable es apartado, queda, precisamente, lo que podemos tolerar.

Además, ¿quién define lo que es tolerable y lo que no lo es?

La inserción social del niño, que atañe a la vez a su lugar en relación con los adultos y a su evolución progresiva hacia el mundo de los adultos, será abordada más adelante.

11. El trabajo infantil se encuentra únicamente en los países pobres.

Se estima que el 95% de los niños que trabajan viven en países pobres. Ellos son, por consiguiente, la inmensa mayoría. Pero aquí, entre nosotros, si los problemas de paro y de marginación

aumentaran, ¿no asistiríamos a fenómenos del mismo orden que en los países dominados del Sur? La pregunta no es más que pura retórica: el trabajo infantil puede convertirse en una perspectiva mañana, tanto aquí como allí, ese allí que todavía hoy queda tan lejos... En Francia los casos de niños trabajadores se circunscriben al pequeño comercio —los niños ayudan devolviendo el cambio los domingos, lo que no parece criticable— y a los asuntos, más mediatizados, de personal diplomático que emplea jóvenes a domésticas de su país de origen, en condiciones a veces vergonzosas. No obstante, es necesario considerar que los pequeños colombianos que recortan libros para nuestros niños, o los jóvenes chinos de Hong Kong que fabrican baratijas o decoraciones navideñas, por ejemplo, forman parte de nuestro paisaje social: en este caso, la noción de frontera ha sido abolida, desde ahora, por el mercado. Un editor francés que hace recortar sus libros por niños en Colombia —como lo hacen numerosos editores para la juventud— representa, desde nuestra perspectiva, de manera directa, aquí, en Francia, un caso de utilización de niños trabajadores.

12. El trabajo infantil se encuentra sobre todo en las industrias de exportación.

Esta idea es particularmente errónea. Los estudios que atañen tanto a la India como a Latinoamérica muestran que los niños trabajadores se encuentran más en las industrias de interés local que en las que están dedicadas a la exportación. El Ministerio de Trabajo estadounidense (Department of Labor) estima que «sólo un porcentaje muy pequeño de todos los niños trabajadores, sin duda menos del 5%, está empleado en las industrias de exportación, las manufacturas y las minas» (citado por Michel Bonnet, *Le travail des enfants, terrain de luttés*, 1999).

Si el trabajo infantil estuviera sobre todo vinculado a la industria de exportación, el boicot de los productos que lo utilizan se impondría. Mas la realidad es sorprendente, y muestra

—por el contrario— que el boicot no acompañado de medidas correctivas que permitan a los niños sobrevivir sin trabajar puede representar para ellos una verdadera catástrofe. Así, en Bangladesh, a mediados de los años noventa, el boicot de la ropa que utilizaba mano de obra infantil acarreó el despido de cincuenta mil niños de las fábricas que los empleaban; algunos cayeron en el crimen o en la prostitución para sobrevivir.

El peligro está en creer que se puede erradicar el trabajo infantil desde el exterior, desde las naciones favorecidas; pero desde éstas sólo podemos aliviar la mala conciencia generalizada. La cuestión del boicot de los productos que utilizan el trabajo infantil es, sin lugar a dudas, uno de los más complejos de esta obra.

Entre las principales industrias de exportación que utilizan mano de obra infantil figuran: los balones cosidos a mano en Paquistán; los libros recortados por niños en Colombia; las alfombras, los diamantes y las piedras preciosas que provienen de la India; el café, recolectado y escogido por los chiquillos en todos los países; las baratijas fabricadas en Hong Kong y en el sudeste asiático; los juguetes de China... Boicotear estos productos sólo puede ser de utilidad para los niños, si el boicot está organizado en estrecha relación con asociaciones u organizaciones que pueden reorientar a los niños despedidos —en la eventualidad, claro está, de un boicot eficaz— hacia actividades más provechosas para ellos: tiempo libre —que supone una renta de sustitución en dinero o en alimento—, escolarización... Eso implica una red algo más compleja: los productos que reemplazan a los fabricados por los niños deben ser vendidos más caros; el dinero así librado en los países ricos debe entonces ser enviado hacia las zonas en las que están empleados los niños y, allá, las asociaciones locales deben tomar a su cargo la ayuda a las familias menesterosas cuyos niños han perdido su empleo; asimismo, deben disponerse estructuras de acogida escolar y médica. Es sólo en estas condiciones —que no son tan difíciles de satisfacer— que un boicot puede ser útil y positivo.

13. Las legislaciones actuales son suficientes para abolir el trabajo infantil; debieran ser mejor aplicadas.

Tanto las legislaciones nacionales como la Convención Internacional sobre los Derechos de la Infancia prueban que, en esta materia, las buenas intenciones son de poca utilidad. La cuestión de su aplicación es en efecto crucial. Hay en esta afirmación una aparente lógica: si las legislaciones fueran aplicadas, el trabajo infantil desaparecería. Pero, entonces, ¿cómo explicar que en un país como la India, por ejemplo, se hayan promulgado tantísimas leyes sin haberse conseguido ningún efecto, y ello desde la abolición de la esclavitud, en 1853, y de las primeras prohibiciones del trabajo infantil? La *Indian Factory Act* de 1881 prohibió el trabajo infantil antes de los siete años y limitó la duración del trabajo a nueve horas entre los siete y doce años; y hay que decir que ni siquiera todas estas limitaciones relativas al tema tuvieron efecto alguno. En 1933, una nueva ley, la *Children Act*, prohíbe el trabajo infantil antes de los quince años, con lo que haría ciento cincuenta años que se legisla y ¿sin resultados?

En realidad, si las legislaciones actuales son efectivamente suficientes para que el trabajo infantil sea abolido no es más que con la condición de que la situación económica misma lo permita. Por eso, mientras la miseria siga empujando a los padres a poner a sus hijos a trabajar para poder así aumentar un poco la renta familiar, la ley será incapaz de hacerse respetar.

14. Una prohibición global, a nivel mundial, sería suficiente para abolir el trabajo infantil.

Para la UNICEF, el trabajo infantil debe ser prohibido puesto que es contrario al Derecho, a los derechos del niño y a la concepción occidental de la moral. Esta posición ilustra magníficamente la hipocresía occidental: sólo nuestra concep-

ción del Derecho es reconocida; las consideraciones históricas y económicas son obviadas, y se ha olvidado muy deprisa que las primeras naciones industriales utilizaron sin escrúpulos el trabajo infantil, adaptando poco a poco su Derecho en función de las necesidades económicas del capitalismo y... ¡de las luchas obreras!

Otra posición, la de la Organización Mundial del Comercio, quiere prohibir el trabajo infantil porque es contrario a las leyes de ese mito que es la libre competencia. Las industrias que utilizan el trabajo infantil se ven, en efecto, favorecidas como consecuencia de los menores costos salariales. Pero la manipulación es doble.

Los países dominados, con la India a la cabeza, ven en esto con respecto a ellos la prueba de la hipocresía de los países ricos; en efecto, estos últimos se sirven sin ninguna vergüenza de un argumento moralmente aceptable para intentar asegurarse una posición comercial siempre más favorable y recortar, allá donde sea posible, el beneficio de países ya sobreendeudados, con una población en la miseria. La hipocresía contraria es la de los industriales de los países pobres que utilizan el trabajo infantil, que proclaman sin el menor sonrojo la imposibilidad de contratar adultos, que están mejor pagados, sin poner en peligro sus empresas. Y ya hemos visto antes (afirmación 4) lo que hay de sobrecoste real vinculado al trabajo de los adultos.

La estrategia publicitaria de los Estados favorables a las normas mundiales del comercio limpio pone siempre por delante ese gran paso que constituiría, con toda seguridad, la abolición del trabajo infantil. Pero la OMC miente sobre un punto crucial: sus normas, por supuesto imperativas, no atacan más que a los productos que son intercambiados entre países; ahora bien, como hemos visto, el trabajo infantil para la exportación no constituye más que una pequeña parte de esta forma de explotación.

En los dos casos, sin embargo, la lógica es la misma: habría una sabiduría supranacional, global, planetaria, que

debería imponerse sobre los modos de gobierno nacionales. Sin defender de ninguna manera a los Estados-nación, debemos reconocer, con todo, que la elección que se nos propone no es una verdadera elección: a Gobiernos incompetentes o que no tienen los medios para poner en práctica su política —al menos la de sus buenas intenciones declaradas—, deberíamos preferir oficinas mundiales, dirigidas por funcionarios desconocidos, que asimismo no son responsables de sus actos. La abolición no puede pasar por medidas planetarias, que no solamente implican transferencias de poder extremadamente peligrosas, sino que, además, no son ni siquiera la garantía de una eficacia real.

15. Hacer la escolaridad obligatoria sería suficiente para abolir el trabajo infantil.

El trabajo infantil es la parte monstruosa de un fenómeno más vasto: es ofrecer a los niños como única perspectiva la integración social por el trabajo. Podemos considerar que esta afirmación es exagerada, pero, sin embargo...

El fantasma del paro, según la expresión ya consagrada, se aparece en los programas escolares de un país como Francia. A los niños les hacemos estudiar informática desde el curso preparatorio; a la entrada, en 5.º, cuando tienen once o doce años, deben elegir entre diversas materias, algunas de las cuales desembocan directamente en el mundo del trabajo. A partir de 4.º, algunos dejan la escuela por el aprendizaje técnico, mientras que los otros reflexionan desde hace tiempo sobre el tipo de itinerario que seguirán en función de la capacidad financiera de sus padres y del trabajo que deseen hacer. La época en la que se aprendía griego antiguo y retórica para abrirse a un cierto orden de conocimiento ha concluido; no se trata ni de deplorarlo ni de regocijarse por ello. Solamente constatar, aquí y ahora, que nos encontramos ante un sistema educativo totalmente dirigido hacia la futura utilidad económica del individuo (niño hoy, luego adolescente). Des-

pués de todo, el trabajo infantil es la suerte reservada a aquellos que no tienen padres lo bastante ricos como para enviarlos a la escuela y que son, pues, víctimas más tempranas que las otras, más violentamente que las otras, del Moloch Economía que se traga a todos los seres humanos y, en general, a todo lo que vive sobre la Tierra. El trabajo infantil es el chancro monstruoso que ha producido ese movimiento de fondo que es el triunfo de la economía sobre la vida.

La alternativa entre educación y trabajo es bien real, y no se puede preferir más que la educación. Con todo, en los países desarrollados las perspectivas son igualmente preocupantes: someter la educación, los programas escolares, las formaciones universitarias, a las supuestas necesidades económicas es otra aberración, por supuesto menos monstruosa que hacer trabajar a los chiquillos. El objetivo que se busca es entonces obtener lo más rápido posible trabajadores y cuadros hiperadaptados a un único tipo de empleo, de ahí su dependencia más estrecha respecto a la oferta de trabajo, de ahí la dominación de las perspectivas económicas sobre el conjunto de la vida de los seres humanos, ya que ésta se encontrará condicionada por su saber-hacer y no por su saber a secas.

Por último, en la mayoría de los países dominados, la alternativa escuela o trabajo sencillamente no existe, debido a la falta de estructuras escolares. En Yemen, sólo el 30% de las niñas van a la escuela primaria y el 71% de los chicos. Para un país como la India los autores de un informe de 1999 escriben: «Si pensamos en la escuela como alternativa para estos niños, la opción es prácticamente inexistente»; el Banco Mundial estima que en la India los hogares extremadamente pobres —un 40% de la población total— no tienen ningún acceso a la escuela, mientras que los niños procedentes del 20% de hogares más ricos tienen de media diez años de estudios.

16. Legalizar el trabajo infantil es el primer paso hacia su abolición.

Sutil paradoja: ¿por qué no defender el trabajo infantil apelando a la izquierda, al «progreso humano»? Después de todo, en la disertación de Marx está la idea de que, para desarrollar la producción industrial, no se ha encontrado otro medio que no sea utilizar todas las formas de trabajo más baratas, incluyendo, por lo tanto, el trabajo infantil. Un argumento clave de los defensores de este trabajo consiste en sostener que, gracias a él, los países en los que se practica podrán «despegar» mejor hacia una mayor producción industrial y, por tanto(!), hacia su mejora. La crítica de este argumento es evidente, y el mismo Marx ya la formuló en su tiempo: cuando las mujeres y los niños trabajan —o sea cuando trabaja toda la familia y no solamente el padre—, es desde luego más dinero el que entra en la casa, pero no lo hace en proporción al trabajo efectuado, pues las mujeres y los niños están mucho peor pagados. Ahora bien, ¡es por el hecho de seguir estando mucho peor pagados que los adultos, que las mujeres y niños interesan a los industriales! Y, como ya hemos visto, si el paro es importante, los niños —que están en competencia con los adultos— acaban por privar a sus propios padres de trabajo.

Un estudio llevado a cabo en los años noventa para el conjunto de Centroamérica indica que, si exceptuamos a los niños que trabajan sin remuneración en el seno de su propia familia y que representan la mitad de los niños trabajadores de la región, las dos terceras partes de los niños restantes trabajan en el sector denominado informal, donde el 50% de ellos cobra un salario inferior al mínimo legal y el 14% están obligados a trabajar más allá del tiempo legalmente establecido para alcanzar ese salario mínimo (cifras de la Organización Internacional del Trabajo, 1990, y de Childhope, 1992).

En una situación de paro estructural como la que conocen la mayoría de los países en los que los niños trabajan —desde

la India a Latinoamérica pasando por África—, los bajos salarios de los niños tan sólo pueden perjudicar a los de los adultos. Sin embargo, los partidarios de la legalización sostienen que el alza de los salarios de los niños conducirá a la mejora de su situación, en un primer momento, y a una mayor contratación de adultos, en un segundo momento, pues se supone que éstos reemplazarán rápidamente a los niños al estar en adelante demasiado bien pagados. Con todo, el hecho de aumentar los salarios de los niños no conllevará más que el despido de adultos por la sencilla razón de que no hay bastante trabajo: estamos actualmente en una coyuntura desfavorable al trabajo o al consumo, y es porque hay recesión — y por tanto paro, y por tanto aumento de la pobreza— que los capitalistas intentan soslayar estas dificultades tratando de obtener un coste aún más bajo para sus productos.

Así, la ilegalidad del trabajo infantil es uno de los últimos obstáculos que puede frenar a los patronos. Si es legalizado, su crecimiento será aún más vivo que durante el último cuarto de siglo, y la renta neta, a nivel nacional, de las familias menesterosas se degradará aún más. (Precisemos que, incluso en los países en los que parecía imposible que la renta por habitante bajase todavía más, continúa sin embargo la misma tendencia; así, la renta por habitante en Níger era, en 1993, de 220 dólares y, en 1996, de 200 dólares, según las cifras del Banco Mundial).

Es, por último, perfectamente paradójico defender la legalización del trabajo infantil con el objetivo de integrar a los niños menesterosos más rápidamente en el mundo adulto del trabajo, en el cual el niño no puede encontrar más que problemas de salud y vejaciones de todo tipo, incluyendo las brutalidades y la violación. En cuanto a los niños asalariados que se organizan en sindicatos de defensa de sus intereses, se trata de manipulaciones vergonzosas.

17. Los países desarrollados no quieren prohibir el trabajo infantil más que para proteger sus propios intereses.

Esto es lo que afirman algunos opositores de las monstruosas firmas transnacionales. En un mundo en el que el mercado global parece triunfar, podemos, en efecto, esperar toda suerte de manipulaciones de las mentes: si los países desarrollados y las empresas transnacionales quieren prohibir el trabajo infantil es que éste perjudica a sus asuntos; pues estos países y estas empresas no piensan más que en ellos y en sus propios intereses; por tanto, legalizar el trabajo infantil será nocivo para estas empresas.

Sin embargo, ¿es necesario razonar en términos sumamente retorcidos y esforzarse en defender lo contrario de lo que sería la estrategia de las grandes firmas que dominan el mercado mundial? ¿No existe ninguna ilusión que aspire a derrotarlas en su propio terreno? Y sobre todo, ¿esto no es, en definitiva, olvidar a los niños trabajadores?

Los autores del informe *Eradicating child labour while saving the child* nos ponen en guardia: «Lo más peligroso es el sentimiento natural de confusión, e incluso de desconfianza, que el mercado global despierta en el espíritu de las gentes del mundo en vías de desarrollo. Si piensan o creen adivinar que el verdadero motivo de los países desarrollados tras sus objeciones contra el trabajo infantil de los niños es la protección de sus intereses, tendrán tendencia a defender tanto o más sus propios asuntos y a no pensar en los intereses de los niños». En el mismo informe puede leerse también: «Resulta irónico que, en su esfuerzo por eliminar el trabajo infantil, los países desarrollados traten a los países menos desarrollados como “niños” al no permitirles expresar sus preocupaciones o sus opiniones».

En pocas palabras, es mejor partir de la realidad, a saber, que hay niños que trabajan, y analizarla con arreglo a datos comprobados, que tejer conjeturas sumamente azarosas...

18. Abolir el trabajo infantil costaría muy caro.

A través de las objeciones a las afirmaciones precedentes hemos mostrado que la cuestión de la abolición del trabajo infantil es de una complejidad extrema. Pensamos, no obstante, que cualquiera que sea la idea que el lector se haga al leer esta obra, es posible avanzar algunas pistas y, sobre todo, mostrar *a priori* los callejones sin salida, con el fin de evitar que nos demos de cabeza contra un muro.

Las pistas practicables serán expuestas en las conclusiones. Con todo, precisemos desde ahora esto: para erradicar el trabajo infantil es necesario proporcionar enseguida a sus familias una renta de sustitución. En la escuela, no es la enseñanza lo que buscan prioritariamente los niños menesterosos y sus padres, sino sencillamente algún medio para comer; con el trabajo en la fábrica o en la calle ocurre lo mismo: el niño no busca adquirir un oficio, sino simplemente encontrar algún dinero para poder comer. Es necesario, por último, evaluar lo que costaría esta renta de sustitución: en la India, por ejemplo, la inmensa mayoría de las familias en las que los niños trabajan viven con menos de 1.000 rupias al mes, o sea, 23 dólares (cotización de noviembre 1999: 1 dólar = 43 rupias). Un niño trabajador aporta al hogar alrededor de 200 rupias al mes (menos de 5 dólares), lo que equivale —siempre en 1999— a siete quilos de arroz! Podemos ver, pues, el coste irrisorio que una medida general como el establecimiento de una renta de sustitución inmediata supondría.

¿HACER DEL NIÑO UN ADULTO?

La lectura de las obras sobre el trabajo infantil, las emisiones radiofónicas o televisadas que se le dedican dejan todas ellas un gusto extraño, compuesto de impotencia y de incapacidad para desenredar una madeja compleja. No sabemos ya —el mundo no sabe ya— si hay que estar a favor o en contra del trabajo infantil. ¿Hay que prohibirlo? ¿Abolirlo no sería condenar a los niños a la miseria más completa? En todo este mediocre debate, las perspectivas a largo plazo están extrañamente ausentes. «Administramos» el trabajo infantil como se administra el paro o como se administra una cartera bur-sátil. No dar que hablar es la palabra clave, y para ello no hay que hacerse preguntas. Debatir sobre el trabajo infantil se ha convertido, de este modo, en un tema de disertación filosófica, en el que a la tesis —en contra— y a la antítesis —a favor, en ciertos casos— debe necesariamente sucederles la síntesis: el triunfo del realismo.

El triunfo del realismo

Las organizaciones supranacionales han inventado su propio realismo: acabar de una vez y lo primero de todo con las formas más intolerables del trabajo infantil. Hemos llegado a este modo de ver las cosas por la simple y trivial razón de que todos y cada uno de los programas que, en los años setenta y ochenta, anunciaban con gran cantidad de propaganda la erradicación del trabajo infantil para el año 2000 han fracasado. Vivimos desde entonces en una sociedad que contempla con tristeza el reflejo de su más reciente pasado... esos Treinta Gloriosos que nos hacían esperar la prosperidad generalizada, incluso para aquellos países que acababan de acceder a la independencia... esta desintegración del bloque soviético, dirigido después por una banda de bandidos de

envergadura internacional... Frente a tantos fracasos, debidos sin lugar a dudas a una mala aproximación a los problemas —pues no es cosa de volver a poner en tela de juicio el fondo de la cuestión, es decir, la creencia en un progreso fundado en la tecnología—, se impone un poco de modestia. De ahí un programa limitado a las formas más atroces de la explotación de la mano de obra infantil. Sin embargo, los efectos perversos a los que conducirá esta nueva estrategia de las organizaciones internacionales son, a partir de ahora, conocidos y denunciados por los mejores especialistas del tema (por ejemplo, Michel Bonnet, *Le travail des enfants: terrain de luttés*, 1999). Las formas más intolerables del trabajo infantil hacen la función de esos árboles que nos impiden ver el bosque: estas formas de explotación son las más rentables mediáticamente; son aquellas con las que algunos harán su caldo gordo y, sin embargo, no atañen más que a una parte ínfima de los niños. Lo que no quiere decir, al contrario, que haya que ignorarlas.

El realismo de los defensores del humanitarismo —en particular de los miembros de las organizaciones denominadas no gubernamentales— es algo diferente. Consiste en contemplar la situación caso por caso, postulando que se pueden encontrar mejoras a condición de vaciarse en los moldes de una realidad social que es considerada como un constreñimiento insuperable. Se nos anuncia así que, en ciertas sociedades subdesarrolladas, ha habido — y los ha habido «desde hace una eternidad»— niños trabajadores, sin que en ningún momento se interesen por la naturaleza y la calidad del trabajo realizado y sin que se cercioren de esta pretendida eternidad. No se contempla, por tanto, más que la perpetuación del orden social actual, él mismo resultante en la casi totalidad de los casos de las conmociones recientes vinculadas a la descolonización, lo que nos dice bastante sobre su «eternidad»... ¡o del buen uso del peso de las sociedades y de los arcaísmos que jamás se podrán modificar!

Otra manera de abordar la cuestión

Frente al realismo, que es una renuncia, nosotros proponemos otra vía, que, sin embargo, no cae en el ámbito de la utopía y que no es una coartada a una falta total de eficacia concreta; pues, a menudo, es fácil revestirse con los velos de una utopía generosa pero impracticable para justificar su propia incapacidad de cambiar el mundo. Debemos *comenzar por poner de relieve la perspectiva fundamental que el mundo propone en adelante a los niños*, y no solamente, por otra parte, a los niños que trabajan.

Ahora bien, la única perspectiva que el mundo en crisis ofrece a los niños es ésta: hacer de ellos adultos. Si, después de todo, es de esto de lo que se trata, no es algo tan dramático que los niños sean forzados a trabajar, ya que eso es hacia lo que tiende la vida de cada uno de nosotros. Esta perspectiva no es nueva: Montaigne, en sus *Ensayos*, ya opinaba que los niños deben aprender «lo que deben hacer cuando sean hombres». En nuestros días, la angustia por el futuro, que se expresa por nuestros pagos a través del miedo al paro y que, en otras partes, se convierte en un fatalismo que ya nada, según parece, puede quebrantar, ha llevado esta opinión a su paroxismo. El argumento más lógico de los partidarios del trabajo infantil es, así, que los niños adquieren, gracias al trabajo, una personalidad social, convirtiéndose muy pronto en actores por entero de la sociedad. Su papel social emanaría de su papel económico. ¿Y de él sólo? Esto es, evidentemente, falso.

Otros argumentos a favor del trabajo infantil se basan en la idea de que los niños trabajadores son de hecho ya adultos: les han robado su infancia y, por tanto, razonarían desde ese momento como adultos. Los bondadosos pastores europeos, que en Latinoamérica predicán a favor del trabajo infantil, afirman que «los niños que trabajan quieren trabajar» y que los que se oponen al trabajo infantil tienen una visión completamente superada del mundo de la infancia,

una visión conservadora, incluso reaccionaria, que no tiene en cuenta las realidades. Volvamos, pues, a la realidad.

¿Qué es la infancia?

La realidad de la infancia es antes que nada el amor y el juego. El resto, todo el resto, viene después, incluido el aprendizaje de los gestos de la vida denominada adulta. Esta realidad del juego, esta necesidad del juego, del juego como aprendizaje de la vida si se quiere o, mejor dicho, del juego como creación, es completamente insoslayable; y no la discuten más que los dictadores en potencia, los cantores del *dopolavoro* mussoliniano o de la Hitlerjugend nazi. En cuanto al trabajo propiamente dicho, en las sociedades capitalistas sanciona el éxito de ese rito de paso que es la independencia económica del niño respecto a sus padres.

Veamos lo que inquieta a nuestras sociedades enfermas de paro: los adultos que produce son en cierto modo incompletos por lo que hace a los criterios que esta misma sociedad ha impuesto a sus miembros, ya que algunos de ellos, cada vez más numerosos, que no viven más que gracias a los programas de ayuda a los parados, son como niños que dependen de sus padres (en este caso del Estado).

Por encima de todo, el mundo «ideal» de la infancia, hecho de juego y de despreocupación, es en adelante *el inverso perfecto* del mundo de los adultos: estrés, ausencia total de perspectiva, negación del juego en provecho de la competencia o de la pretendida superación de sí mismo. Nuestros niños nos devuelven una imagen propiamente insoportable. ¿Cómo no pueden ver estos pequeños seres en devenir que la angustia por el futuro nos domina, que nos paraliza o nos galvaniza en una lucha despiadada en el plano económico (entre Estados, entre sociedades transnacionales, entre toda suerte de competidores, incluso entre colegas)?

La ruptura es nítida: en el mundo de la infancia todo se opone al mundo del adulto, amasado de responsabilidades,

de civismo, de productivismo, que se pretende al servicio del progreso común de la humanidad. La solución es evidente: impregnar el mundo de la infancia de los ideales que, de todos modos, triunfarán sobre estos mismos individuos cuando tengan catorce o quince años. Es necesario —y es una necesidad insuperable— que entren en el mundo del trabajo, de la competencia. Es la ley de bronce de la humanidad, del realismo económico.

La necesidad de transformar al niño en un adulto cuanto antes es, así, un avatar de la ideología del progreso. ¡Y ésta tiene siete vidas! Los defensores del progreso son muy a menudo, como sabemos, de «izquierdas», llegándose a posiciones aparentemente paradójicas, como en Latinoamérica, donde «personas progresistas» defienden el trabajo infantil, y donde las columnas de los periódicos de izquierdas les están tan ampliamente abiertas que sólo raramente encontramos expresada una posición diferente; ser de izquierdas equivale a estar a favor de una legislación mejor en lo que atañe al trabajo infantil.

No obstante, querer hacer del niño un adulto lo antes posible es aceptar de entrada la sumisión al orden actual. Es someterlo a este orden que, precisamente, lo fuerza a trabajar. En cuanto a reclamar una mejor legislación del trabajo, ello equivale a aceptar esta sumisión en nombre del realismo económico, a evacuar toda la parte de rebelión y de sueño que constituye la infancia, para transformar a los niños en esclavos asalariados; y eso en el mejor de los casos. Ahora bien, como hemos visto antes, una mejor legislación no constituye un primer paso hacia la abolición del trabajo infantil.

La reversión

Este estado de cosas debe ser revertido: ¿los adultos no deberían pensar el mundo con arreglo a criterios que, precisamente, hoy en día no están vinculados más que al mundo infantil, a saber, el amor y el juego de vivir? ¿No podemos

revertir esos valores en nombre de los cuales los hombres se matan entre ellos y se reducen a la esclavitud, ya sea asalariada o no? ¿No debemos aprovechar el fracaso de las estrategias de lucha contra el paro o contra la pobreza para volver a encontrar otras razones de vivir que la producción a ultranza y el consumo sin freno para los más ricos?

Hoy en día se consideran obsoletos los sueños de los años sesenta, como el de Neill en Summerhill, que declaraba: «En una sociedad sensata, no debería obligarse a los niños a trabajar antes de los dieciocho años». Por supuesto, se nos replicará que, en este caso, se trata de un «privilegio de gente privilegiada, mientras que estos otros niños deben sobrevivir» (*Amérique latine. Des enfants travailleurs s'organisent*, octubre 1998). Pero, oponiendo «futuro y gente privilegiada» a «presente y niños que buscan sobrevivir», el debate está marcado: estar contra el trabajo infantil no es realista.

Nuestro papel aquí no es el de sustituir demandas *porque esas demandas* emanen de seres angustiados. El problema es más bien el de cómo las demandas expresadas por los seres angustiados deben ser planteadas por aquellos que tienen, en efecto, el privilegio de poder distanciarse; esto es, por las personas privilegiadas que, de algún modo, pueden encarar el futuro! Hoy en día, en la tensa situación en la que se encuentran el Planeta y la humanidad, movilizarse para pedir derechos cuando el Derecho nos ha sojuzgado —isí, sojuzgado!— tan profundamente, y eso desde 1789, es eminentemente contraproducente en el plano humano; es decir, que exigir derechos no significa hacer que acaezcan las transformaciones necesarias. La renuncia a luchar sobre el fondo de las cosas se ha apoderado del mundo, y ése es el mayor éxito de la política, digamos capitalista, de estas últimas décadas. La ONU, los Estados y las firmas transnacionales han logrado evitar la guerra en los países dirigentes, e igualmente la dictadura, al menos aquella que es manifiesta. Ya no hay dictaduras que se presenten como tales más que en unos pocos países (Latinoamérica ha pasado completamente a la demo-

cracia, con algunos retorcijones reaccionarios que ilustrarían los Fujimori y otros Menem). ¿Debemos, pues, contentarnos con contestar este estado de cosas dentro de los márgenes que nosotros mismos nos autorizamos porque son los únicos en los cuales podemos contar razonablemente con resultados inmediatos? ¿Somos incapaces de salir de este estado de servidumbre voluntaria que La Boétie ya describía hace más de cuatro siglos?

La reversión consiste en dejar de tomar como base la realidad limitada a la economía. Desde luego, el capitalismo ha impuesto por completo su visión de las cosas. Con todo, en el mismo momento en que la Organización Mundial del Comercio reemplaza las barreras aduaneras por normas que deben cumplir los productos que quieren intercambiarse de país a país, y en el momento en que una norma define precisamente los productos «libres de trabajo infantil» (la norma SA 8000), zonas enteras del mundo escapan a partir de ese momento a su control, en parte, porque esas normas sencillamente no pueden ser cumplidas. Al mismo tiempo que el neoliberalismo impone la retirada del Estado de los programas sociales, los grupos, las comunidades, los individuos, los ciudadanos —como solemos decir aquí— se organizan para paliar las carencias así creadas. Escuelas que no existirían nunca gracias al Estado ya que los créditos se han acabado, no obstante, afloran y funcionan isin que el Estado tenga ya nada que ver! Al mismo tiempo que el envenenamiento generalizado de los alimentos se convierte en la regla impuesta en los países ricos —desde los organismos genéticamente modificados a los animales de matanza alimentados con cadáveres de rumiantes—, una nueva fuerza surge, la masa de todos aquellos que rechazan simplemente morir del Capital. ¿No es esa la «Internacional del género humano» a la que Raoul Vaneigem apela en su última obra, titulada explícitamente *Por una Internacional del género humano*?

Vivimos una disminución del umbral de las apuestas: la lucha ya no es tanto por una forma de poder contra otra,

como era el caso en la guerra fría, sino simplemente por el poder que el individuo aún pretende tener sobre su propia vida. El niño en el trabajo no tiene ningún poder sobre esta última. Y si la perspectiva más probable a corto plazo es la perpetuación de la infame situación de miseria, la redistribución radical del reparto político debe incitarnos a una nueva política, a nuevos combates.

¿Mejor legislación o abolición?

A priori es más fácil obtener una mejor legislación que la abolición. El quid de la cuestión es que el problema no es éste: como hemos mostrado antes, una legislación mejor no permitiría obtener un mejor nivel de vida para las familias; una mejor legislación aumentaría el nivel salarial de los niños — y quizá ni eso, si se tomaran medidas constrictivas en ese sentido, lo que no es en absoluto seguro—, pero no tendría ningún efecto en lo tocante al nivel de vida general, pues los aumentos salariales de los niños repercutirían en el salario o en el empleo de los adultos, como ya hemos puesto de manifiesto. Ahora bien, ¿qué es lo que cuenta: el salario de un niño o el nivel de vida de su familia?

¿En Occidente no vemos que una mejor legislación únicamente satisface nuestro peligroso amor propio social, esa suerte de maquillaje de una sociedad de explotación fundada sobre la condición salarial y disfrazada de sociedad de derecho con pretensiones humanistas, incluso progresistas? Una mejor legislación es una fachada revocada, limpiada a chorro, que oculta la miseria del patio trasero; eso es lo que nos han mostrado los ejemplos que hemos tomado del siglo XIX europeo o las legislaciones de la India. Podremos revocar la fachada tanto como queramos, pero siempre será muy fácil mantener el patio trasero en la hediondez y la mugre de la desesperación. Entonces, ¿para qué sirve luchar por la fachada?

¡ABOLICIÓN DEL TRABAJO INFANTIL!

Es preciso retomar la crítica de las categorías que Occidente, los adultos, los hombres, etc., aplican sobre aquellos que sojuzgan, incluidos los niños. Para el hombre-adulto-occidental-bienpensante resulta tranquilizador ver a los niños trabajadores como seres responsables que se asemejan mucho a los adultos: esto le evita volver a poner en tela de juicio su propio papel, ya que, precisamente, *el occidental se pone como modelo*. Ahora bien, este modelo, en cualquier dominio que consideremos —hombre contra mujer; adulto contra niño; Occidental contra «Oriental», «exótico» o «primitivo»; bienpensante contra librepensador o revolucionario— ha pasado a mejor vida.

La reciente evolución del debate sobre el trabajo infantil no conduce más que al realismo: comencemos por atacar sus «formas más intolerables», nos aconsejan. Es la nueva consigna, recuperada unánimemente en todo el mundo. Los partidarios de la legalización generalizada del trabajo infantil afirman, en efecto, que ésta debe correr pareja con la prohibición de sus «formas más intolerables», mientras que los abolicionistas claman al unísono que, vista la dificultad de acabar de una vez por todas con una forma de trabajo en constante progresión, es preferible comenzar por erradicar las formas más unánimemente condenadas. Lo que es plantear muy mal el debate; de hecho, es incluso enterrarlo.

Las formas más intolerables del trabajo infantil constituyen la cortina, no de humo sino de horror, que disimula la realidad social. Es el mal sueño de Occidente, su pesadilla. Pero suprimir la pesadilla nunca ha curado de aquello que la provoca. De todas maneras, hoy en día, la prostitución infantil, la esclavitud por deudas, el alistamiento de niños en ciertos ejércitos de países sometidos a dirigentes fanáticos, no son más que la parte escandalosa de un fenómeno más pro-

fundo que, precisamente, ha permitido que se desarrollen otras formas también extremas de negación de los individuos. En 1999, la UNICEF estimaba que doscientas mil jóvenes nepalesas eran prostituidas en la India; cada año, diez mil niñas de entre siete y diez años son reclutadas a la fuerza o vendidas por sus padres para alimentar este siniestro tráfico; y eso que el Nepal sólo cuenta con veintiún millones de habitantes. Para llegar a tal nivel de horror, y además hacerlo a una escala como ésta, la sociedad ha debido recorrer un largo camino; en este caso, la realidad nepalí no tiene nada que ver con la belleza de las cimas del Himalaya recorridas por los *trekkes* (vehículos todoterreno) occidentales que están aparcados en los barrios dorados de Katmandú: el Nepal es uno de los países más pobres del mundo —ocupa el rango ciento treinta y siete de entre los ciento cincuenta y siete países clasificados por el Banco Mundial según su PNB por habitante—; pero, ojo, la miseria no lo explica todo. La sociedad nepalí, dominada por un régimen feudal, está muy poco adaptada al mundo que la rodea, lo que constituyó su encanto en los años sesenta, y lo que constituye hoy en día una sórdida ilustración de la hipocresía y de la inconsecuencia del mundo.

Anteponer el horror, sobre todo cuando este horror se apoya en redes totalmente ilegales, que existen desde hace lustros y que nunca nadie ha conseguido dismantelar, es condenar su lucha al fracaso. Afirmar en el año 2000 que abolir las formas más insoportables del trabajo infantil es posible no deja de ser una afirmación hipócrita o una mentira: sin lugar a dudas, estas formas de trabajo son, por el contrario, las más difíciles de erradicar, puesto que están en el margen del sistema. ¿Los que plantean este objetivo como la principal prioridad no tienen consciencia de ello? Poco importa. Si, por fortuna, se pusiera fin a la red de prostitución nepalesa, al punto renacería una nueva en otra parte, pues el mundo en el que vivimos produce los individuos que están dispuestos a consumir estas chiquillas. Ésta es la terrible realidad de nuestro mundo, y no otra cosa.

Luchar por la abolición del trabajo infantil supone una lucha global, que abarque los dominios jurídico, económico y político, y que vaya mucho más allá de ellos. Tenemos necesidad de una verdadera reflexión sobre las sociedades humanas, el papel que pueden desempeñar los niños en ellas, el papel del trabajo mismo en la sociedad y, por consiguiente, sobre el sentido del progreso, el sentido de la historia y tantas otras cosas que están vinculadas a todos estos temas centrales. He intentado entrar aquí en el meollo del asunto: la explotación de los seres humanos y la alienación nos imponen la necesidad de profundos y radicales cambios. Sería preciso que la lucha por la abolición del trabajo infantil —que está muy lejos de ser algo consensuado, como he recordado— sea la ocasión de un debate a fondo, que no se limite a las formas más intolerables del trabajo infantil o a otra barajita ideológica y mediática que, con toda seguridad, se intentará que nos siga sirviendo de aquí a un tiempo. Pues cuando el desaliento se apodere de las bondadosas almas extraviadas en este género de lucha sin salida, habrá siempre profesionales de la urgencia que descubran otra causa a la cual servir, otro combate donde agotar su malestar, donde «volver a estar al día», como se dice ahora.

Al contrario que estos ciclos de acción-cansancio incesantes, el caso del trabajo infantil debe convertirse, por fin, en lo que todavía no es; a saber, en una apuesta para todos aquellos que aman el mundo, el género humano, los niños, la naturaleza. Es decisivo que el combate se extienda a todas las formas de protesta, ya sea ésta local o global, política, jurídica, económica o de cualquier otro tipo. La abolición del trabajo infantil podría ser la ocasión para abandonar aquellas divisiones, obsoletas y oscurantistas, que hacen que hoy en día cada uno luche en su propio terreno, que siempre le parece el fundamental, el más decisivo...

El trabajo infantil plantea la cuestión del nuevo reparto de cartas en el juego del comercio mundial. El proteccionismo

cede el lugar a las normas por producto, que son una forma disfrazada de lo mismo; y hemos de creer que es un buen disfraz, pues pocos medios de comunicación las denuncian. Existe ya la norma SA 8000, que corresponde a un producto «libre de todo trabajo infantil». ¿Cuáles serán sus consecuencias? ¿Creemos en las virtudes del mercado supuestamente libre para solucionar todos los problemas? La agricultura ya no debe emplear el trabajo infantil, ¿pero qué proponemos —en el caso de que el trabajo infantil estuviera prohibido— para reemplazar la mano de obra infantil? ¿La mecanización a ultranza que, por ejemplo, en la agricultura conduce a muy corto plazo a recurrir a productos químicos y a cultivos transgénicos? Por el contrario, ¿la pretendida «sociedad civil», los «ciudadanos del mundo» tienen los medios de imponer su ética, por supuesto loable, si tomados individualmente continúan consumiendo productos incompatibles con, precisamente, su propia ética? ¿Estamos, en definitiva, condenados a la ascesis? La cuestión podría parecer ridícula, pero ¿realmente lo es? ¿Estamos condenados a la ascesis o al combate?

Esta variedad en los puntos de vista no es, ni mucho menos, la manifestación de un ecumenismo beato. El debate, de todos modos, no ha tenido lugar, y es preciso que nazca por fin. Y sólo eso es hoy ciertamente urgente, al menos si queremos salir de esta lógica que nos conduce a practicar únicamente la política de poner parches y sellar grietas: Ruanda, Serbia-Kosovo, infancia maltratada, prostituida, reducida a la esclavitud... Las propuestas que se derivan de este análisis que intenta aclarar la complejidad del problema están hechas, pues, a imagen de esta complejidad: son como pisos de una casa, por así decirlo. El primer piso es el debate. Arriba de todo se encuentra la perspectiva de la eclosión de un género humano diferente, desembarazado de esas cosas que no hubieran debido acontecer nunca si, un día, la razón y el corazón hubieran comenzado de común acuerdo a construir la historia. Pues decir que hoy en el mundo doscientos cincuenta millones de niños trabajan, algunos de los cuales son pros-

tituidos, vendidos por sus propios padres, es reconocer que el género humano no ha salido todavía de su prehistoria. No se acabará con el trabajo infantil mediante «ajustes estructurales», ya sean éstos los del Fondo Monetario Internacional o los de cualquier otra organización. Los que nos quieren hacer creer que todo eso no es más que una cuestión de voluntad política o de reglas jurídicas internacionales, o incluso que el «juego» del mercado acabará naturalmente con tales prácticas, se engañan o mienten a sabiendas, con la esperanza de perpetuar lo que finalmente no sería más que un mal menor. Los niños trabajan porque descenden de familias menesterosas, porque hay patrones que los emplean gustosos para disminuir sus costes de producción, porque existen compradores y consumidores locales o extranjeros que aceptan los productos fabricados por los niños, porque los Gobiernos no desean a prohibir el trabajo infantil mediante medidas radicales... Como hemos podido ver, las causas son múltiples y, sobre todo, se alimentan las unas a las otras. Pero, ¿es esto razón suficiente para darse por vencido?

El trabajo es la explotación. Aquellos que postulan la idea de una mejor legislación del trabajo infantil —y, en particular, de una igualdad de salarios con los adultos— avanzan la reivindicación pretendidamente humanista: «sí al trabajo, no a la explotación». Pero esta reivindicación está sencillamente desprovista de sentido. Los niños que trabajan están completamente explotados, y no puede ser de otro modo en el sistema capitalista que descansa en... la explotación; es decir, en el hecho de que una parte del trabajo no es pagada (la plusvalía). Es una insensatez pensar que a los niños les vayan a pagar lo mismo que a los adultos por un trabajo descualificado. Rechazar la explotación no puede significar más que rechazar toda forma de trabajo para un patrón, ya sea éste trabajo infantil o adulto.

Es la alienación de los individuos la que les permite adaptarse y soportar la explotación, esa explotación que acaban

por no saber ni siquiera ya identificar. Uno de los objetos del Derecho es enmascarar el funcionamiento real de la sociedad, hasta el punto de que el debate sobre el trabajo infantil, circunscribiéndose a cuestiones jurídicas, revela la impotencia de la sociedad para erradicar esta forma bárbara de destrucción de la infancia. Considerar a los niños de un modo no alienado y no alienante es, en primer lugar, ver en ellos a niños y no a adultos, aceptar que vivan su infancia como niños y no como adultos en devenir demasiado precoces. Acabemos de una vez, pues, con el modelo del hombre-adulto-occidental-bienpensante.

Prohibir por ley el trabajo infantil no tiene ningún sentido, pues ello significaría encarcelar a los contraventores. En cuanto a legalizarlo, hemos aquí con una posición conservadora de ese orden de cosas, que no pone en cuestión ni la explotación, ni la alienación, ni el papel del trabajo, ni el lugar de los niños en la sociedad, y que se contenta con una concepción del progreso que sencillamente rechazamos. No es porque la marcha del «progreso» destrozó aquí, entre 1800 y 1900, la vida de millones y millones de proletarios, de niños, de mujeres, de hombres, que forzosamente deba continuar siendo así, en otras partes, en esos países del Sur que la mayoría de nuestros conciudadanos sólo perciben a través de las lentes estadísticas.

La abolición del trabajo infantil es un objetivo fundamental. La abolición del trabajo infantil en todo el mundo es un problema político global, que no debemos dejar por más tiempo únicamente en manos de los «especialistas en organización de la infancia», ya sean de la UNICEF o de organizaciones caritativas con orientaciones que son, cuando menos, ambiguas. ¡La cuestión del trabajo infantil, como muchas otras cuestiones, es demasiado importante como para confiarla al cuidado de los defensores y de los falsos críticos del orden capitalista!

Comprobamos que surgen en diferentes partes tentativas que pretenden prescindir de los Estados; así, por ejemplo, la etiqueta Rugmark, puesta por una asociación privada, garantiza a los compradores de alfombras procedentes de la India que el producto ha sido fabricado sin trabajo infantil, como hemos visto anteriormente. Los niños así liberados del trabajo son entonces tomados a su cargo y especialmente orientados hacia la escuela.

El papel social de los Estados es criticado vigorosamente por la ideología neoliberal. La perspectiva es inquietante para aquellos que han adquirido el hábito de confiar en el Estado del bienestar, tan caro a Keynes como a los estalinistas, todos los cuales consideran que las colectividades humanas tienen necesidad de una organización de tipo estatal para satisfacer sus necesidades básicas en materia de educación, de higiene colectiva o de cuidados médicos. También se puede pensar que ese mínimo de Estado hacia el que nos encaminamos —una sociedad en la que el papel del Estado se reducirá cada vez más a lo que es, a fin de cuentas, fundamental para su propio mantenimiento, a saber la represión tanto interna (policía y justicia) como externa (ejército y resoluciones del Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas)—, nos obliga, pues, a organizarnos colectivamente según criterios diferentes a los que hasta ahora hemos conocido. La perspectiva no es de color de rosa, pues no hay que olvidar que de lo que se trata es de una obligación. En efecto, no se crea una escuela para niños de la calle por placer, sino simplemente porque esos niños no tienen ninguna alternativa, aparte de trabajar, mendigar, robar o prostituirse.

El trabajo infantil, en sus formas negativas —ausencia de aprendizaje, malos tratos, peligros físicos y mentales, alejamiento de la familia, imposibilidad de jugar—, atañe esencialmente, como hemos visto, a las actividades industriales, incluida la agroindustria (las plantaciones). No solemos poner, sin embargo, nunca en relación la evolución de la sociedad humana hacia la vida urbana, hacia la concentración

de los hombres en las ciudades, la disminución del número de campesinos, el hambre en el mundo, la miseria de los arrabales. Ahora bien, hace tan sólo dos siglos, las actividades humanas estaban en más de un 90% consagradas a la agricultura. Lo que ya no es de ninguna manera el caso: dentro de muy poco tiempo, hacia el 2020, la mitad de la población mundial estará concentrada en las grandes metrópolis del Tercer Mundo. Así, las familias pobres emigran hacia las ciudades y acaban hacinándose con los muertos de hambre de los *bidonvilles* africanos, de las *villas miserias* hispanoamericanas, de las *favelas* brasileñas, de los *slums* de Asia. Ahora bien, ¿cuál es la gran tendencia de la política mundial? Aumentar la productividad de las tierras para «alimentar» a los seis mil millones de seres humanos. Hace tan sólo unas décadas que hemos comenzado a evaluar los costes de una política de urbanización a ultranza y de desertización de las zonas agrícolas tradicionales como ésta, y los resultados han sido los siguientes. Costes ecológicos: deforestación, destrucción de los suelos, necesidad insuperable de abonos y pesticidas para continuar un modo de cultivo como éste, pérdida de la biodiversidad... Costes en materia de salud: ilos cultivos intensivos nos envenenan! Costes económicos: el desequilibrio Norte-Sur es cada vez mayor, la dependencia alimentaria del Sur se acrecienta, generada por un modo de agricultura que utiliza masivamente los abonos, pesticidas y semillas de plantas genéticamente modificadas o híbridas producidos en el Norte... Costes políticos: las rebeliones campesinas del nordeste brasileño o del Bihar en la India han sido desde luego sofocadas, pero al precio de una situación que se vuelve cada día más explosiva, lo que hace previsible, si no probable, la toma del poder por algún dictador demagogo. Coste humano: huida hacia los arrabales de los campesinos expulsados de sus tierras.

En el extremo de la cadena, tenemos el trabajo infantil. Privados de su parcela de tierra, los padres menesterosos no tienen otra solución que enviar a los niños a ganar algún

dinero en la calle —mendigar, tener algún pequeño comercio ambulante— o en la fábrica. No podemos pretender acabar de modo duradero con el trabajo infantil sin tener en cuenta la tendencia a la concentración de la población mundial en las metrópolis urbanas. La reversión de esta tendencia está en el orden del día: debemos poder volver a encontrar actividades agrícolas rentables fundadas en la calidad y no en la cantidad, que rechacen la extensión de las superficies agrícolas así como el desprecio por la naturaleza y el ser humano.

Mis propuestas

Acabar de una vez con el trabajo infantil será el fruto de dos movimientos convergentes. El primero es el de los individuos que creen que el corazón debe actuar desde ahora mismo, y desde ya debe repeler los asaltos de la razón conformista, que no conduce más que a la pasividad. El segundo de los movimientos ha nacido de aquellos que rechazan completamente esta sociedad y que piensan que es posible acabar de una vez por todas con la opresión que engendra.

Los primeros, desde este mismo momento, construyen escuelas para los niños trabajadores, les procuran alimentos, se involucran en iniciativas como Rugmark o en las campañas de la UNICEF, haciendo todo lo posible para sacar a los niños de la miseria y para hacerles descubrir la vida y el juego de vivir. Producen y consumen fuera o al margen del sistema de beneficio, ya que reconocen que no se puede permanecer pasivo ante la degradación acelerada de la situación humana y ecológica —entre otras degradaciones— del planeta.

Los segundos —que pueden ser los mismos— prosiguen la labor de zapa de este orden inmundado. En adelante, los veremos comprometidos en una lucha que nunca había alcanzado tal grado de implicación personal, salvo en los tiempos más negros de la barbarie nazi: ya que aquellos que quieren destruir esta sociedad que produce cada día más miseria y más niños trabajadores saben que, en lo sucesivo, el

totalitarismo desplegará contra ellos prodigios de ilusionismo político, de mentira ideológica y de alienación. No hay ya ideología lista para ser usada en la transformación del mundo; de hecho, no la ha habido nunca, pues todas esas ideologías milagrosas no han sido siempre más que manipulaciones. Es bueno que el socialismo, el comunismo, el leninismo o el trotskismo hayan sido también reunidos, junto con el nazismo o el capitalismo, o incluso con las religiones, en la categoría de los ídolos desenmascarados. De esos ídolos que sometían al hombre a la servidumbre.

Los niños trabajan porque la humanidad está encadenada al nuevo dios: Economía. La Economía y la búsqueda del beneficio son las responsables de las mareas negras que mancillan y continuarán mancillando el movimiento del mar y de la vida; ellas son las responsables tanto de la Revolución verde como de la extensión del desierto del Sahel o de la arrabalización de los países dominados; ellas son las responsables de la prostitución y del trabajo infantil.

No hay antagonismo entre los que actúan aquí y ahora contra las formas concretas de la Economía y los que socavan sus fundamentos, a veces de manera oscura, poco espectacular. Los primeros deben evitar creer que su método es el único válido, so pena de caer en las visiones ecuménicas beatas que nos hacen creer que, «si todos los hombres de buena voluntad se dieran la mano», el mundo sería justo, bueno y bello. La reificación —que somete al hombre a una máquina, a un papel, a un puesto de trabajo— ha vaciado, por desgracia, a la gran mayoría de los seres humanos de toda «buena voluntad», reemplazándola por la rabia de dominar y la sed de vencer, o también por una resignación definitiva y absoluta.

Los pragmáticos deben, por tanto, trabajar de común acuerdo con los zapadores de fondo, para que juntos despejemos nuevos caminos.

Las vías políticas, aunque éstas sean revolucionarias, han encallado y continuarán encallando porque la política circunscribe el problema a un poder que hay que tomar o derribar.

Derribar el poder, derribar todo poder que oprime es la *menor* de las necesidades. Despejar nuevos caminos implica acabar de una vez con la Economía, con la búsqueda desenfrenada del beneficio, que sume en la servidumbre tanto a los niños como a los adultos, que fuerza a la mitad de los seis mil millones de seres humanos a vivir en la miseria y a todos los demás en la angustia por el futuro, en un planeta que no puede continuar siendo explotado por más tiempo hasta en sus más pequeños y recónditos rincones. Ahora bien, derribar la Economía no es tarea de la política, sino de una lucha global, que la supera ampliamente, para integrar todos los conocimientos útiles al proyecto de una superación de la actual situación.

«Cada uno se ha metido en su automóvil», cantaba Claude Nougaro después de Mayo del 68. Nuestras sociedades del Norte se han replegado sobre su propio cascarón, abandonando en su miseria a una gran parte de la humanidad. La mayoría de nosotros se desinteresa de ella y, hasta aquí, la única estrategia que ha podido pretender despertar las conciencias está basada en el sentimiento de culpabilidad: el círculo infernal «culpabilidad, piedad, caridad», que es uno de los fundamentos de numerosas religiones, deviene a partir de entonces —para retomar el lenguaje publicitario— «situación escandalosa, denuncia, caridad». El objetivo es siempre dar algo de dinero para aliviar la angustia del mundo. Sin atacar nunca las causas. Lo que equivale a no aliviar más que su propia angustia interior...

Se nos anuncia para los años venideros una campaña de largo alcance contra las formas más intolerables del trabajo infantil. Por tanto, se persiste en la lógica de la culpabilización: desvelemos el horror, lo monstruoso, y de ello saldrá algo positivo. Lo que no es del todo cierto. Es tiempo —siempre es tiempo!— de romper este círculo vicioso.

Estas reflexiones han querido mostrar la articulación entre política, economía, ética, trabajo, relaciones adultos-niños, y

la necesidad de acabar definitivamente con las formas modernas de la opresión para, por fin, abolir el trabajo de los niños y niñas y la miseria de sus familias. Esperamos que este libro haya constituido una nueva etapa en el camino de una reorientación de la lucha del género humano por su emancipación y de los individuos por su felicidad.

La felicidad de un niño reside en el juego de vivir, que abre ante él las perspectivas más alegres: jugar, aprender, conocer, descubrir, amar. Cosas todas ellas que el mundo moderno ha falsificado: jugar a la Bolsa; aprender para evitar el paro y la miseria; conocer para administrar, dirigir, manipular; descubrir para enriquecerse; amar el dinero. Y cuando no se tiene nada, mirar desde su barraca de chapa el juego adulterado de la modernidad y cargar con su cruz, con su miseria, como si fuera una fatalidad.

Una única estrategia resume los dos caminos para abolir el trabajo infantil: *el rechazo*. ¡Rechazar todo lo que hace posible que los niños sean forzados a trabajar!

BIBLIOGRAFÍA

La bibliografía reseñada no se limita a las obras exclusivamente consagradas al trabajo infantil. Es evidente que la reflexión debe partir, como mínimo, de tres ejes: infancia (relaciones con los adultos, según las diferentes sociedades, etc.); economía (trabajo, miseria...); educación (según las diversas culturas).

- (1995) *A brief on child labour for parliamentarians. They work for you. Will you work for them?* India: Campaign against child labour.
- ARIÈS, Philippe (1987) *El niño y la vida familiar en el antiguo régimen*. Madrid: Taurus.
- ARZU CASAUS, Marta (1992) *Guatemala: linaje y racismo*. Costa Rica: Flacso.
- BARRERA, Yesid y otros (1992) *Informalización y pobreza*. Costa Rica: Flacso.
- BONNET, Michel (2000) *Regards sur les enfants travailleurs*. Lausanne: Page deux.
- (2000) *Le travail des enfants: terrain de luttes*. Lausanne: Page deux.
- (1991) *Child Labour. Injustice with Childhood*. Bhopal (India): National Centre for Human Settlements and Environment.
- Child Labour in India*. An Overview. Bangalore (India): The Concerned for Working Children, s. f.
- Child Labour in India*. Maharashtra State Office: Campaign against child labour, s. f.
- CLASTRES, Hélène (1975) *La terre sans mal*. París: Seuil.
- CLASTRES, Pierre (1978) *La sociedad contra el Estado*. Barcelona: Monte Ávila Editores.
- (1998) *Deserción escolar. Trabajo infantil. Trabajos premiados*. Costa Rica: Fundación Santillana para Iberoamérica, AECI e IPEC.
- (1999) *Eradicating Child Labour While Saving the Child*. Jaipur (India): Consumer Unity & Trust Society (CUTS).
- FROMM, Erich (1987) *Anatomía de la destructividad humana*. Madrid: Siglo XXI.
- JAULIN, Robert (1980) *Mon Thibaud*. París: Aubier.
- (1984) *Le Cœur des Choses*. París: Christian Bourgois.
- JHUGGI, Autopin (1997) *A Ballad Against Work. A Publication for Collectivities*. Faridabad (India): Majdoor Library.
- JUYAL, B.N. (1987) *Child Labour and Exploitation in the Carpet Industry*. Nueva Delhi (India): Indian Social Institute.

- KANBARGI, Ramesh: *Child Labour in the Indian Subcontinent. Dimensions and Implications*. Sage Publications.
- MAHAJAN, K., GATHIA, J.: *Child Labour. An Analytical Study*. India: Centre of Concern of Child Labour.
- MANIER, Bénédicte (1999) *Le Travail des enfants dans le monde*. París: La Découverte.
- MARCUSE, Herbert (2000) *El hombre unidimensional*. Barcelona: Ariel.
- (2001) *Eros y civilización*. Barcelona: Ariel.
- MARX, Karl: *El Capital: Crítica de la economía política* (Obras completas). Madrid: Siglo XXI.
- MATHUR, Kanchan: *Child Labour in Gem Polishing Industry of Jaipur*. Jaipur (India): Institute of Development Studies.
- MISHRA, Lakshmidhar: *Child Labour in India*. Oxford University Press.
- NEILL, Alexander S. (1990) *Summerbill*. Madrid: FCE España.
- PISONI, Rodolfo (1993) *Los trabajadores menores de edad de Centroamérica*. OIT.
- SAHLINS, Marshall (1988) *Economía de la Edad de Piedra*. Madrid: Akal.
- VANEIGEM, Raoul, (1998) *Tratado del saber vivir para uso de las jóvenes generaciones*. Barcelona: Anagrama.
- (1999) «Droit a la peresse», *Le Siècle rebelle*. París: Larousse.
- (2001) *Por una internacional del género humano*. Barcelona: Octaedro (Límites).
- VOYER, Jean-Pierre (1976) *Une enquête sur la nature et les causes de la misère de gens*. París: Champ libre.

Sitios en internet

www.rugmark.de/english/e_home
 C/e: rugmark.india@bol.net.in

Programa Internacional para la Eliminación del Trabajo Infantil (IPEC):
www.ilo.org/public/english/90ipec